

# Leonel Alvarado

San Jerónimo, 1967.

*A woman in love, wallowing in love;  
a cat on a roof, howling;  
complex proteins swirling in the blood...*

J. M. Coetzee

entonces resulta que todo es cuestión de proteínas.  
todo este complejísimo asunto en el que uno,  
tratando de no hacer el ridículo,  
suda, tartamudea, recita versos  
no es más que un torrente  
de proteínas que comienza en el hipotálamo,  
baja violentísimo por todo el cuerpo y envenena  
la sangre más rápido y más letal que cualquier alcohol.

una mirada, un roce, un olor  
al encontrarse en la acera o al cruzar la calle  
hacen vibrar, como un violín recién afinado,  
la pituitaria y desencadenan  
un trajín de glándulas que trastorna al gato,  
alborota al perro y es responsable  
de tantos siglos de poesía amorosa.

uno hace lo que puede para mantener la compostura  
mientras debajo del dacron de faldas y pantalones  
circula el bien portado vocabulario  
de los manuales: efecto fisiológico,  
función de los tejidos, distensión  
de los órganos reproductivos, secreción interna.

pero no hay que alarmarse porque el cuerpo  
está protegido por una armadura  
de broches y botones, zippers y elásticos,  
velcro y cinturones. tantas puertas falsas  
para que en beneficio de la buena moral  
uno no pueda sacarse allí, a media calle,  
esas malas proteínas del sistema circulatorio.

# Josué Ramón Álvarez Matamoros

Tegucigalpa, 1991.

Colecciono rostros, recuerdo todos los que he visto desde que tengo cinco años. Es un hobby, y desde que todos lo supieron, soy una celebridad. La policía me quiso contratar para atrapar delincuentes, pero preferí hacer fotografía. Además, acepto ser cobarde y temeroso de la muerte. No solamente recuerdo los rostros, los puedo leer, puedo saber qué hicieron. Eso delató a mi mujer infiel y a mis padres después de robar queso al árabe de la tienda.

El viernes, creo que ayer o anteayer, todo se ha vuelto confuso en las últimas horas; vi uno, un rostro, que según observé había cometido un crimen, ese hombre había matado a alguien, y aún llevaba el revólver bajo el abrigo. Y él sabe que yo lo supe apenas lo vi. Desde entonces estoy escondido, supongo que quiere matarme. No saldré de aquí, no quiero hacerlo, me quedaré escondido.

\*\*\*

Él me vio y supo que la había asesinado, él cree que yo lo buscaré y haré lo mismo con él, soy incapaz, a ella la maté obligado. Me quedaré escondido, avisará a la policía.

\*\*\*

Los dos murieron de angustia y de hambre porque fueron incapaces de salir.

# Ricardo Álvarez Moncada

Tegucigalpa, 1992.

En tus caderas esculpo enredaderas  
de sigilosos tactos  
tiernas mordeduras de sensibilidad,  
encantamientos de venus,  
calores a temperaturas infinitas,  
pelillos bailan al erizarse.  
En tu boca habita el néctar  
en mi cuerpo el fuego que navega en tu flor,  
y con melodiosos sollozos  
tus abrasadoras puertas anuncian  
al impetuoso océano  
que viene y va  
que viene y va  
que viene, se eriza y va  
se queda y va  
fricciones inmortales de dos cuerpos celestes  
a punto de explotar.

# Suny Arrazola

Tegucigalpa, 1989.

*... como cuando se abre una flor  
y revela el corazón que no tiene.*

Alejandra Pizarnik

Naciste con el dolor  
de aquel lado del mar  
lejano a vos.  
Ahí estábamos  
poco antes del amanecer  
nosotras  
dos hijas de la tierra  
a igual distancia del sol.

Vimos llegar  
la vida natural  
como el rito que regresa cada año  
con la pena.

Cayó la luz solar  
ecuánime en ambos universos  
y anunció el primer verdor.

Fue cuando un trueno  
partió en dos tu razón ya diezmada  
derritiendo en mi rostro  
las lágrimas congeladas del invierno.  
Y entonces  
quise reposar de todo  
y llorar,  
porque las flores se abrían.

# Dennis Ávila

Tegucigalpa, 1981.

Los poetas no se van:  
su destino es un grillo

que raspa las paredes de la noche.

Al abandonar un país  
creen dejar su infancia,  
y lo que sigue  
son pasos de niño sobre el mundo.

Alguien les niega un algodón de azúcar,  
y no hay nada más triste  
que la luz extinguida de un poeta  
veinte años después  
frente a un juego mecánico.

Inclinan la balanza  
por un lugar en el camino  
y cada regreso  
es un volver mamífero.

Su maquinaria de hormigas  
abre un sendero de hojas.

Los poetas son árboles en fuga  
queriendo echar raíces  
en un planeta propio.

# **Manuel Ayes**

San José (Costa Rica), 1990.

—Solo Dios sabe cuándo nos llegará la hora— le dijo Carmen a su amiga, con la seguridad que confiere la fe, después de contarle que se había salvado de que la atropellaran la tarde anterior.

Estacionado frente al edificio donde Carmen trabajaba, su exnovio había cargado ya la pistola, mientras esperaba que fuera la hora de salida.

# Rebeca Ethel Becerra Lanza

Tegucigalpa, 1969.

1

El mar no conoce a Camila.

Trabaja tanto. El mar:

construye playas, cincela rocas,  
planifica las circulaciones del viento.

Dirige las corrientes submarinas.

Espera con paciencia el agua de los ríos.

“¡Que no se acabe la espuma!”, grita: y nacen olas  
de la boca del mar.

2

Por las noches cuando está cansado  
bebe luz que baja de la luna.

3

El mar habla muchos idiomas,  
pero no conoce a Camila.

No sabe a qué huele,  
no le ha bañado los pies de canela,  
no sabe que ella  
lo dibuja en los mapas

que le dejan a diario de tarea.

4

El mar nunca ha salido del mar,

no puede,

es el ojo de la tierra que vigila al cielo.

Espera a la lluvia,

al sol, a la luna,

a los barcos,

espera a la gente

que se divierte con sus aguas.

Tiene tanto trabajo el mar

por eso no conoce a Camila.

## Ernesto Bondy

Tegucigalpa, 1947.

El centelleo del exterior dibujó por instantes el contorno de Carlota mientras se desvestía, los brillos de su piel como en luces de cámara lenta, despojándose cadenciosamente de sus ropas. Tras un movimiento ágil el vestido deslizó de inmediato y luego los zapatos, continuando con sus interiores, destrabando las medias de los tirantes para desabrocharse el corsé ribeteado. Luego, apoyando la punta de cada pie sobre el asiento se deshizo suavemente de las medias de nylon, todo cayendo sobre la mesa, con los pezones castaños despuntando en sus senos dorados y el vientre plano y lustroso animando el acto, mientras el titilar del neón avivaba la escena hasta que en la penumbra desapareció la braga y quedó la mujer totalmente desnuda...

Manfred dio dos pasos hacia ella dejando el arma en un sillón. Se despojó del tuxedo y la tomó de los brazos, mirándose ambos fijamente hasta que ella bajó los ojos, rindiéndose. Así, abrazados en la oscuridad, estuvieron mucho rato mientras él le acariciaba la espalda y le besuqueaba el cuello, sin comentarios ni promesas, restregándose los cuerpos en una especie de bamboleo lento, mientras ella lo desvestía pieza por pieza hasta quedar iguales. Apretados los cuerpos y moviéndose rítmicamente. Aprovechando el meneo, Manfred la empujó diestra y gradualmente hasta la alcoba hasta tropezar con la cama, tumbándola para montarse y acomodarse sobre su cuerpo sudado. Así tendida, acercó su rostro al de ella para rozar repetidamente sus narices en un jugueteo seductor mientras con la rodilla le separaba los muslos, concluyendo el retozo con un intenso beso seguido de un fuerte empujón de cadera, más el delicado gemido de Carlota cuando la penetró hábilmente.

Luego sobrevino la agitada cabalgata hasta la extenuación, un éxtasis explosivo de gimoteos y jadeo, de sangre, sudor y retozos hasta quedar rendidos con sus cuerpos laxos amoldados a las sábanas.

Después de un tiempo Manfred se levantó del lecho, buscó entre las prendas esparcidas por la sala y encendió un cigarrillo. Al volver a la cama ella le pidió probarlo y fumaron en silencio, hasta que Carlota, rompiendo aquella quietud exquisitamente irresponsable, le preguntó:

—Si tuvieras que irte por tus razones... ¿me llevarías contigo?

A la interrogante, una pregunta universal, siguió un silencio universal...

# Xiomara M. Cacho Caballero

Roatán, 1968.

Nací en un país de ciudadanía  
Famélica, necesitada, y miserable  
Violenta, descalza y muerta de hambre.  
sociedad de desiguales

Nací en un país, Un país en donde abundan  
varones acumuladores  
De bienes y capitales;  
patria que produce aniquilados

En donde el patrimonio  
sirve para los fines de la oligarquía  
En donde los seres  
abandonan la convicción

y se burlan de la esperanza,  
País en donde se esparce el cinismo  
y la desconfianza; se soslayan las oportunidades a la sombra  
De ágapes y fiestas excluyentes

Sociedad injusta,  
capitalistas y de estructuras inmorales  
De académicos e intelectuales;  
miserables y cada vez más carentes de dignidad,

que tienen como virtud no hacer el bien  
Sino que desplegar marginación, exclusión y miseria  
De manera infame  
despliegan ideologías manipuladoras

Sumisión e imposición de razones  
Disfrazada en democracia clasista y autoritaria  
Sin importar el sufrimiento de la población  
Acostumbrados a Estrangular los sueños.

# Gustavo Campos

San Pedro Sula, 1984.

*¿Recuerdas que lo más sexy que me has dicho es pedirme prestado un libro de Thomas Mann? ¿Sí? Sí. Me sonrojo. Sé que hago mal en engañarme a mí mismo. Debo decirle a Zahra que la melancolía ha entrado en mí como el maullido leve de un gato. Le revelo que quisiera construir con ella un mundo. Construyámoslo, me propone. Le digo que ya lo construí sin su autorización. Queda pensativa como una garza blanca en forma de faro.*

*Leí tu cuento, sos un amor. Solo vos estás orgulloso de mí. No soy el único, todos lo estamos. Hoy estuve en el museo. Hice museografía. Amo hacer eso. Amo montar exposiciones yo misma. Sacar medidas, colgar los cuadros. Ayer también estuve colocando piezas.*

20 años han pasado desde que nos saboreamos el olor ahumado de nuestras bocas; mientras me alejaba para ver la luna en sus ojos cargada por invisibles hormigas, y sus dientes desnudos eran estrellas blancas frente a la luz de la lluvia del semáforo; mientras, pronunciabas, como un ronroneo: *Gracias por desatar los nudos.*

Ambos teníamos el corazón roto y éramos jóvenes y las fotografías se convertían en una pieza, en una ruina que se colora, en un único beso donde todo puede justificarse, súbita e impropriamente como esa pieza que ahora colgás, como si hubiese sido necesario un largo camino para que nosotros nos fundiéramos 20 años después de que te diera la primera carta y descubrieras que me gustaba escribir, e, incluso así, nos eligieran las piezas del museo como también nos eligiera 9 años antes un hijo, nuestro primer desprendimiento de locura, y, que, cuando hemos comenzado a andar esta nostalgia, vemos las fotos de cuando me enamoré de tu corazón de ballena, Zahra, y que ahora, cuando hacés museografía, estás menos pensativa que una garza blanca y tus dientes están hechos de lluvia clara, pero que ya no se muestran al colgar el mundo que construimos juntos cuando llegué a pensar que las mujeres no son siempre la misma y me preguntaras qué mujer serías mañana, pero que eso no importaba porque seguramente también la amaría en este mundo creado donde el sol también empieza como un corazón del que ella ya sacó las medidas y cuelga otro cuadro de una foto de nuestro hijo Thomas con el libro de Thomas Mann.

# Jared Cerrato

Comayagua, 1980.

De levita negra,  
sus ropajes.  
En lúgubre entrada  
un cuervo grazna un réquiem.  
La bienvenida  
es con guadaña.  
Ella me espera,  
no discrimina.  
No le sorprenden suntuosos trajes  
ni reverencia linajes.  
Me recibe.  
Llueve.  
Pero ya no importa.  
En el ocaso de mi cuerpo,  
una última pausa,  
un desmayo.  
Carcajadas.  
Absurdo protocolo.  
Al final, todos,  
todos lloran.

# Katherine Vanessa Cerrato Elvir

Tegucigalpa, 1993.

Se deshojan las horas,  
así como tu sombra se desnuda con el crepúsculo.

Tu sexo es un océano que no tiene calma,  
mi sexo es la tormenta que llevo en los dedos,  
los que construyen caminitos dentro de ti  
y que provocan vértices de jadeos.  
En tus muslos crece la humedad,  
duermen y florecen en mi boca tus senos,  
un murmullo de aguas nace de ti,  
se surcan bajo tu ombligo,  
torrentes cauces de leche y sueños.

Desgárrame a caricias,  
quíébrame este fuego,  
siembra en mí tu saliva fugitiva,  
moja mis entrañas y mis versos.  
Estrújame en la conciencia,  
con tu pubis de miel y pájaro en vuelo,  
piérdeme en tus muslos de hierba,  
apacigua mi sed de surcos abiertos.

La tarde, frágil y somnolienta,  
cae como un roce en tu pecho.

# Sebastián Chavarría L.

Tegucigalpa, 1989.

Es de noche. Fue una jornada llena de detalles, alegría y plenitud. Cualquiera estaría dispuesto a dar cualquier cosa para que su existencia estuviera llena de días así.

Mis experiencias amorosas anteriores no han sido más que decepciones y tristezas. La promesa sigue firme: debo continuar adelante, dejar a un lado el sentimiento de derrota y seguir...

Tengo muchas tareas por realizar, sin embargo, creo que me siento demasiado cansada como para ponerme a trabajar; lo mejor será que me vaya a descansar.

Encendí la computadora y dejé en línea todas las redes sociales. Luego fui a buscar algo para comer. Cuando regresé a la computadora me di cuenta que ya tenía un mensaje de Juan Andrés.

Juan Andrés: Alana, al fin llegó el momento más esperado del día.

Alana: Yo también me siento muy feliz de poder estar aquí, para que podamos seguir chateando. Después de la plática más feliz que tuve ayer, y de todo lo que me has dado hoy.

Juan Andrés: Esa plática que acabas de mencionar fue la que le dio el toque final a mi amor, es la que definió todo lo que recibiste esta mañana, y lo que espero que recibas en unos instantes.

Alana: ¿Y puedo seguir aceptando algo más después de todo lo bello que he tenido el día de hoy?

Juan Andrés: Eso no es nada, mi Alana; créeme que estoy dispuesto a entregarte todo para que seas feliz. Sé que tu vida sentimental no ha sido fácil, pero estoy listo para hacer lo que sea por ti.

Alana: ¿A pesar de la distancia y de la forma en que nos hemos conocido?

Juan Andrés: Volvemos a lo mismo... ¿Crees que no ha valido la pena?

Alana: Juan Andrés, de verdad quisiera que pudieras entender lo que siento...

Juan Andrés: ¿Qué ocurre?

Debía ser totalmente sincera, era la única forma para que las cosas salieran bien.

Alana: Juan Andrés, quiero que entiendas algo: para mí todo esto es nuevo. Bien sabes cómo soy de romántica, y a veces hasta puedo parecer muy conservadora. La verdad, me encanta la tecnología, y hago uso de ella siempre. Pero eso no quita mi deseo de hacer contacto de otra manera.

Juan Andrés: Ajá...

# Valeria Cobos Ayón

Tegucigalpa, 1996.

I

Puedo emitir los sonidos más serenos esta tarde  
Emitir, por ejemplo, el sonido de un pez asustado,  
Que nada solo, valiente, con su sombra líquida.

Las olas del mar pasan por la memoria de sus escamas.

Puedo emitir los sonidos más serenos esta tarde.  
Yo vi la luna, y tal vez el pez también la vio.

Ya se hace noche y él sigue huyendo.

Puedo emitir los sonidos más serenos esta tarde.  
Yo lo busqué, y él nunca apareció de nuevo.

En las tardes como esta lo veía esconderse entre corales,  
Se tropezaba entre mis piernas, huyendo de su sombra.

Él estaba solo,  
Cómo el mar no iba a ser un espejo,  
Si nadaba como yo, en círculos.

Puedo emitir los sonidos más serenos esta tarde,  
Saber que ya está, saber que se ha ido.

Qué tienen de tormenta los peces,  
Que nadan sabiendo hacia dónde se dirigen.

Ya pasó. A la distancia mi madre llama.  
A la distancia.  
El mar es infinito y el pez se ha ido.

Para recordarlo nado por encima de las algas,  
Mis pies lo buscan y sólo encuentran espinas.

Ya es de noche y estoy solo,  
La luna está triste, y llora sobre los castillos de arena.

Moriré, lo sé, y el pez seguirá nadando.

# Fernando Destéphen

Tegucigalpa, 1985.

Dame un poema, poeta de noche,  
caballo azul o triste, dolor infinito,  
sin ser arcoíris o metal cocido,  
dame el valor de las letras amarillas,  
o el sueño de la desnudez,

El borde niquelado de una cadera amando los grises desnudos,  
dame poeta una figura de roca caliente,  
y una escoba de maíz,

Dame una transfusión de agua de mar,  
una ola pesada, un sol con ganas de llorar,  
dame poeta en la sombra de una tarde una oda,  
una cuarteta para escribir

Un lápiz naufrago y con la tinta llena de campesinos...  
Dame el hambre del hombre y la mujer,  
la manzana sin firma, y en el oscuro vaivén de la aurora ciega,  
dame ojos para correr la mirada,  
y recoger los peces mudos al pie de los troncos suicidas.

# Lety Elvir Lazo

San Pedro Sula, 1966.

Helen era una mujer común y corriente como cualquier otra mujer, felizmente casada, hasta que un día encontró a su esposo encima de la empleada doméstica. Este, al verse descubierto, la puso a escoger: o aguantás o te vas.

Helen aguantó, pero las ganas de hacerlo chanfaina o picadillo. Agarró sus pocas pertenencias, regresó con sus padres y comenzó a trabajar en la farmacia de Lorenzo. Lorenzo era un hombre común y corriente como cualquier otro hombre soltero, poseía la velocidad de un colibrí para viajar de flor en flor. Ninguno de sus amigos contaba tantas aventuras y anécdotas con mujeres como él: *“lo que más me gusta es que me la chupen”*, les decía entre carcajadas y cervezas.

Sin duda, Lorenzo era un hombre felizmente soltero, hasta que embarazó a Helen. El padre de ella al saber que sería abuelo de nieto sin padre llegó hasta la farmacia con un revólver en mano y lo puso a escoger: o usted se casa con mi hija o yo lo mato a usted. Por supuesto, semanas después hubo boda con champagne. Pronto se regalaron tres retoños más. Lorenzo recibía la noticia de cada embarazo con un ¡Putá, Helen, otra vez no te cuidaste!; por su parte, Helen sólo sonreía y se encargaba de tenerlo siempre contento.

Ella sabía todos sus gustos y preferencias, y lo complacía. Esta vez nadie le quitaría a su marido, ni al padre de sus hijos, ¡no faltaba más!, que para eso aplicaba estrategias comunes y corrientes: contrató a una empleada varicosa, con labio leporino, más arrugada por desnutrida que por flaca y le impuso con rigor llevar diariamente un delantal estampado con vegetales, esos frutos de la naturaleza que Lorenzo tanto aborrecía.

Helen pasaba pendiente de que la casa estuviera limpia, brillante, olorosa, sobre todo a la hora en que Lorenzo regresaba, para que esa fuera el aposento añorado, el descanso del guerrero. Todos los días de la semana se servían platos de comida italiana, las pastas eran el manjar preferido del señor de la casa, que cada día engordaba más y más hasta parecer un cerdo listo para la cena de Navidad. Y en la cama, Helen era la amante perfecta, nunca decía no a nada, nunca tenía jaquecas ni cansancio; además, Lorenzo no generaba agotamiento muscular, él era como el correcaminos: *¡bip, bip!... ¡bip, bip!, cuatro bips, bips* y terminaba su función, después ...

# **Delmis Emilia**

Jesús de Otoro, 1997.

Acepto que soy polvo;  
y nadie tiene ya el poder de dañarme con eso.  
Yo vengo de todas partes,  
y sé que tu rostro es el más lindo de la historia.

No diré palabras sueltas.  
Yo sí sé quién eres.  
Ni esconderé tu belleza en miles de jazmines,  
pues tu rostro contiene jardines imposibles.

Madrugadas insaciables...  
¡Mi alma te ha descifrado!  
Y veo que rozas con tu boca  
las puertas sagradas.

# Julio Escoto

San Pedro Sula, 1944.

Sheela estaba sentada en una vieja silla de cuero frente a la ventana del apartamento cuando Jones introdujo la llave en la cerradura doble de la puerta, giró el picaporte. Luego escuchó oscilar la cadenita de seguridad y a su espalda pudo sentir que sobre el tablero de caoba sobresalía la protuberancia de cuatro pasadores metálicos. A primera vista el lugar podía ser confundido más con una fortaleza que un nido de amor.

Había dos ventanas laterales orientadas una de ellas hacia un diminuto patio interior dividido con una mampara de vidrio corredizo, y hacia el oeste la otra, primorosamente enmarcada con rectángulos de cedro, ubicada en lo alto del garaje. En ambas destellaba el cromo de los llavines pulidos y relucientes bajo la luz cálida de la mañana. Después estaba un pequeño vestíbulo ornado con una mesa zancuda sobre la que alguien había depositado un ramo de claveles rosados, probablemente de la cercana comunidad de Santa Lucía. Frente a él se abría, discretamente oculto por un biombo, lo que debía ser el pasillo hacia las habitaciones.

Avanzó dos pasos olfateando el aroma fresco de la pintura nueva y torció levemente hacia la derecha buscando con el presentimiento la vista de la ciudad que tendría un sitio tan alto como aquel hasta donde había arribado caminando. Sheela estaba allí, reclinada en una vieja silla de cuero ante a la ventana y su sonrisa dulce y morena le entintó de promesas el día.

“Hola” balbuceó todavía resentido de no haber despertado en ella las urgencias del amor.

# Fabricio Estrada

Sabanagrande, 1974.

*Ubicados en una de las zonas más privilegiadas de Tegucigalpa, con una vista de 360 grados de toda la ciudad...los mejores apartamentos a tu alcance, de arquitectura moderna y materiales de primera.*

El Barrio El Pastel se distingue claramente.

La Orejona destella en su manso fluir,  
los derrumbes de El Reparto caen despaciosos  
y la masa del Choluteca esboza un mar de alquitrán y asco.  
El Berrinche, lleno de huesos, se abre majestuoso,  
La Burrera pare niños tortilleros  
y el dinosaurio de la San Miguel  
da un paso lleno de polvo  
que hace inclinarse aún más  
las precarias fachadas de La Guasalona.

Al mismo nivel del Cementerio Sipile  
un zopilote carga una bolsa plástica,  
tres asesinos huyen por el Álvarez  
y las cobijas manchadas de sangre  
se olean en las terrazas del Seguro Social.

Por 280,000 dólares y espacios totalmente amueblados  
no se podía esperar menos;  
la miseria tiene vistas inéditas,  
360 grados de lejanía  
y una membresía eterna  
para quedar ciego  
apenas pongas un pie sobre el suelo.

# Oscar Estrada

San Pedro Sula, 1974.

CONTINUA CONVERSACIÓN CON EL LICENCIADO RAFAEL ALVARADO MANZANO, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE HONDURAS.

RESTAURANTE DUNCAN MAYA, EDIFICIO MEDINA PLANAS, TEGUCIGALPA, ENERO DE 1935.

La disputa entre los Bonilla (Manuel y Policarpo) fue creciendo, desde aquellos años cuando el primero fue Vicepresidente del segundo y aunque nadie supo decir por qué, si bien no podían ser más distintos el uno del otro, llegaron al punto de declararse una enemistad manifiesta. El viejo general, cual reflejo de su tocayo, el licenciado Manuel Estrada Cabrera, era incapaz de olvidar el más mínimo desprecio, extendió su odio hasta todo el clan Bonilla de la ciudad capital.

En una ocasión supe que don Manuel Bonilla pidió la mano de una de las cuñadas de don Policarpo. No se sabe a ciencia cierta si éste fue el origen del distanciamiento o no: don Manuel deseaba la mano de Raquel Gutiérrez, hermana menor de Emma, la esposa de Policarpo, hijas ambas de don Arnulfo Gutiérrez, agente del gobierno de Honduras que contrató el empréstito para el ferrocarril.

Cuando llegó Manuel a pedir la mano de la joven esperaba el apoyo de Policarpo — después de todo, habían compartido bando en los campos de batalla y era su segundo en la presidencia. Pero el doctor Bonilla (Policarpo) no le otorgó ninguna ayuda, más bien le desprestigió frente a la familia Gutiérrez. La mano de Raquel le fue negada a don Manuel, porque provenía de orígenes humildes y en la política nacional pesa más la sangre que el talento.

Paradójicamente, una madrugada de finales de siglo, la bella Raquel se escapó de su casa, con un mago de circo que había llegado desde Guatemala, del que se enamoró perdidamente y con quien se estableció en San Salvador. «Corrió con suerte», dicen algunos, especialmente cuando la comparan con la desgracia que tocó sufrir a la pobre Eugenia Bonilla...

# Tito Estrada Amador

Danlí, 1954.

El dinero se lo mandaba yo a mi madre, que ahora vive con un hombre que no es mi padre. Ella dice que se lo entregaba a mi mujer y como era yo le tenía que creer.

Mi mujer que ya no vive conmigo, porque necesita postigo, durmiendo con el enemigo. Dice que todo se lo gastó en los cipotes y que lo demás lo ahorra pa' los coyotes.

Los cipotes, que ahora viven en la calle, una calle que no era mi calle, pequeño, pero gran detalle, dicen que el dinero que se lo gastaron en el Mall.

El Mall es

el templo de los comerciantes, casi todos trashumantes,  
con ingresos abundantes y de gustos aberrantes.

Allí tienen un gran sobrero, donde ponen el dinero,  
lo lavan bien primero, lo cuentan con gran esmero,  
en Julio como en Enero y que va a creer usted...  
lo mandan de regreso al extranjero...

Entonces me di cuenta y me miré la cornamenta,  
Y ahora tengo todo tan claro, que ya no puedo quedarme callado...  
porque no es este pobre desarrapado, el fucking retornado.  
Es el dinero...

Que va y viene y nada lo detiene,  
que va y viene y a todos les conviene,  
que va y viene y nadie lo interviene,  
que va y viene y en esto no hay higiene,  
que va y viene ... que va y viene... que va y viene...

Dinero necesito,  
pa' sobarla facilito,  
aunque sea un prestamito,  
pa' chuparnela un ratito,  
Lavarlo ligerito y poner un negocito.  
Dinero, dinero, si quieres un mesero.  
Dinero, dinero. Si quieres enfermero.  
Dinero, dinero, si quieres un te quiero.  
Dinero, dinero, que me dure hasta febrero.  
Dinero, dinero, sin dinero yo me muero.  
Dinero, dinero, se mueve el mundo entero.

Que va y viene, que va y viene...

# Ada Milagro Fernández Maldonado

Ocotepeque, 1960.

Eran las 5:30 p.m. cuando Mariquita Lulú se disponía a comer jejenes en un solar abandonado del Barrio Buenos Aires de Tela, ella escuchó los lamentos de un escarabajo volador que antes de morir le entregó el mapa del tesoro, había que encontrar la moneda del pirata. Rápidamente se fue volando donde su amiga Tita Lagartija y juntas se pusieron en marcha para resolver este misterio.

Llegaron a Punta Sal donde Mamá Chayito, la perica más vieja y sabia de la zona costera, les brindó la información necesaria para seguir su camino.

Sus investigaciones las hicieron llegar al morenal de Miami (Tela) donde la comunidad de escarabajos las mandó a buscar a La Morena, una hermosa lora que vive en Triunfo de La Cruz.

Jobita Chachalaca les brindó sus servicios de transporte para realizar sus investigaciones

La sorpresa de nuestras investigadoras es inmensa cuando La Morena les entrega la moneda del pirata. Les informa que se la dejó su gran amor el Perico Bananas, pero tienen que viajar a Trujillo para poder encontrar el resto del tesoro, al quedarse descansando en las doradas playas hondureñas, se les extravía la moneda y tienen que negociarla con un astuto gato enemigo de La Morena, ellas logran recuperarla a cambio de un plato de pescado frito de la mejor calidad.

Al llegar por fin a Trujillo, ubican al Perico Bananas y elaboran un plan para sacar el tesoro de su escondite, estaba incrustado en la pared detrás de un cuadro en una vieja casa del Barrio Cristales.

La moneda era la llave de una vieja caja que contenía un hermoso anillo de oro adornado por un rubí que tenía grabada la leyenda *I love you forever*, también contenía un medallón de plata forjado en dos tapas y al abrirlo se apreciaban dos imágenes, la novia del pirata y una imagen con un perico y un escarabajo.

Nuestras investigadoras logran recuperar la moneda para que Perico Bananas y La Morena celebren su grandiosa boda en el carnaval de Triunfo de la Cruz donde nombran a Mariquita Lula y Tita Lagartija como “Detectives Privadas de Punta Sal”

Nuestras amigas detectives instalaron una oficina en Lancetilla, las Chachalacas les consiguieron un buen árbol donde ubicarse toda la costa sabía que ya estaba funcionando una oficina de investigaciones para todos los animales.

Mariquita Lulu siempre volaba por los alrededores, con la esperanza de encontrar otro caso para resolver.

# Héctor Efrén Flores Asiego (Chaco de la Pitoreta)

Manto, 1976.

Llevo días fuera de ti  
lejos del llanto de la madre que lamenta al hijo caído  
enmohecido con el polvo de las nostalgias  
y sin las calles agrietadas por la lluvia sin cauces...

llevo días pensando en tus palmeras  
en el aceite que producen y en el caldero donde se fríen los sueños de los pobres.  
Llevo la duda de lo indudable  
como un peso en la espalda  
y la coca de esos cicales que enajena a los cipotes  
nevándome la conciencia.

Lejos han quedado aquellos días  
cuando de tu suelo emergía la mazorca y de los comales la tortilla,  
y todos cosechábamos y todos comíamos  
y éramos mientras los otros eran.

Ahora cuento los días para el regreso  
para revertir esos kilómetros que se interponen y expulsar los ladrones que te profanan  
voy indagando en mi presente  
revisando en mi pasado  
y reconstruyéndome el mañana.

Ahora quiero volver a tus polvaredas  
a las interminables hectáreas de palma y la lucha de mis hermanos...  
ahora quiero volver a tus utopías, Aguán de mis luchas  
con la esperanza de verter en tus canales  
las lágrimas que no vacié en la partida.

# Alejandra Flores Bermúdez

Tegucigalpa, 1957.

Por la vereda  
Va una mujer  
Cargando frutas  
En una canasta

Por la vereda  
Van las frutas  
Cargando a la mujer  
Que lleva una canasta

Por la canasta  
Pasa la vereda  
Y una mujer  
Que vende frutas

Por una fruta  
Pasa el campo  
Lleno de árboles  
Adonde hay  
Una vereda

Por una mujer  
Pasa la vereda  
Cargada de frutas  
Y montañas  
En la canasta  
Hay leña y humo  
Y hombres  
Y mujeres  
Que tejen cestas  
Y ven hacia las montañas

Por una mujer  
Crecen las veredas  
Las frutas, canastas  
E inmensas  
Montañas...

# Teresa G. de Coello

La Ceiba, 1947.

*Dos amigas inquietas y curiosas que viven en Honduras, emprenden un corto viaje salpicado de anécdotas. Las aventuras que comparten y los peligros por los que atraviesan las unirán. Lejos de desanimarlas, las volverán más atrevidas para seguir conociendo el medio en el que viven. Pg.21-22:*

Capuchona tenía muchas ganas de ir a conocer Guatemala. Era bueno conocer sus raíces.

- ¿Y por qué no vamos? - le pregunto Rana Mariana.

-Yo nunca he viajado- le respondió, con mirada triste- y no tengo esperanzas de llegar a conocer muchos lugares, porque me cuesta avanzar.

-Yo he viajado bastante por todo Honduras- dijo Rana Mariana, presumiendo un poco, pero tengo muchas ganas de recorrer el mundo.

-Pues yo quiero ir- dijo Capuchona.

-Tal vez Sábalo Lalo nos puede llevar a tuto. Él es muy fuerte- dijo Rana Mariana.

-Pero Sábalo Lalo no le gusta el agua salada, le gusta más el agua de Estero Prieto. Para el sería un sacrificio - agregó Capuchona.

- ¿Por qué no nos quedamos en el cayuco de Lucas hasta que el salga de madrugada a pescar? Siempre va a la barra del Motagua, frontera con Guatemala. Yo le he oído decir que allí hay buena pesca. Nos podemos ir con él - propuso Rana Mariana.

-Buena idea. Me apunto - respondió Capuchona - solo que tendremos que traer mis hojas y tus insectos para alimentarnos porque quien sabe cuánto durará el viaje - sus ojos brillaban con ilusión.

Como Rana Mariana era más rápida, saltó al jardín y pronto regresó con las provisiones, calculando para todo el día siguiente y uno más. Se escondieron debajo del asiento del cayuco para que Lucas no las viera.

¡Qué emoción! ¡Su primer viaje juntas!

En la madrugada, cuando ni siquiera había salido el sol, oyeron los pasos del pescador, que venía con su caña y sus carnadas. También traía muchos engañosos. Pronto cruzarían la desembocadura del estero, donde se une con el mar, ¡rumbo a lo desconocido!

¡Rana Mariana y Capuchona emprendieron su viaje de alta mar!

¿A quiénes conocerían?

# Jessica Guifarro

Tegucigalpa, 1988.

Los cerebros son como armas  
algunos están vacíos,  
Otros con una bala cargada  
esperando,  
solitaria.  
Otros están que revientan  
buscando una cabeza  
o un corazón donde explotar.  
Y este, mi cerebro  
presente,  
cargado,  
Sólo desea explotar  
dentro de este caos  
llamado vacío.

# Francia Henríquez Benson

Santa Bárbara, 1985.

¡Les dije o no les dije que ya íbamos a llegar! El coyote estalló a carcajadas. Siento que floto. Que estoy cayendo en el cielo. -¡Llegamos! gritan todos. Guatemalteca casi llega también, pero quedó tirada hace tres horas. Ya no valía la pena que la arrastraran. No iba a poder sobrevivir ni a rastras. Ya tenía casi las dos patas en el otro mundo.

Nos estamos tropezando unos con otros, contra todo. De alguna forma, ver que ya estamos casi del otro lado nos ha dado fuerza. El viejito de México hasta llorando esta. Las lágrimas se le quedan reposando en las arrugas y luego caen al polvo. El cipote de Olanchito, el único hondureño aparte de mí, se emocionó tanto que se fue corriendo a todo dar como caballo salvaje. Está feliz, me dijo que la madre lo mandó a traer. Ya tiene diez años de no verla.

¡Sálvese quien pueda ahí viene la migra! Fue lo último que escuché. Después de ver caer al cipote de Olanchito en su propio charco de sangre todo pasó tan rápido. Tan rápido que no pude comprender lo que pasaba. Era como surreal. Como esas películas mexicanas con títulos como "Me voy pal' norte." Me hizo recordar la película, "Bajo la Misma Luna" pero sin final feliz. Primero sentí caliente. Después se fue enfriando y el dolor se fue agudizando. - ¡Le dieron a la hondureña! - Gritó alguien.

# Sofía Alejandra Hernández Motiño

Gracias, 1991.

Se han devorado la voz del pensante  
el alma del protestante,  
han despertado el dolor de madre.

Sus cuerpos fueron la comida de una masacre  
el plato predilecto de un regicida vestido de chafa  
la bebida espesa de los miserables.

Si tu cuerpo fuera tragado por una oquedad oscura  
contaminaría de dolor el mundo,  
si la pólvora desapareciera tus ojos  
yo haría la tercera guerra mundial,  
si no encontrara tu vida en mis brazos  
me tragaré hasta la última gota de los océanos en tu búsqueda,  
daría mil vueltas al desierto por oír tus gritos,  
si tus manos se las tragara el homicidio  
me dejarías vacía, sin luz, sin vida.

Si mi niño fuera el cuarenta y cuatro  
me arderían mis vísceras  
y mi voz sería el lamento del universo,  
Hoy tu hijo es el cuarenta y tres,  
y mi poesía está de luto.

# Segisfredo Infante

San Pedro Sula, 1956.

Te abrí una sola vez, la puerta de mi ser, que rechazaste.  
Quizás no había nada por dentro de mi casa que fuera apetecible.  
Tus ojos no pudieron mirar mi corazón, mis timideces.  
Prejuicios, pragmatismos, se impusieron. Chismocracia.  
Urgencias cotidianas aplastaron la bondad de lo que es bueno.  
Rumores, palabrejas, quebrantaron a las hojas del otoño.  
Nada percibiste en la morada de mi ser que es la morada  
de la Luz, del lenguaje que el sujeto trasciende.  
Nada tenía yo que darte en las urgencias actuales,  
excepto la ternura; el comentario de mis libros ausentes.  
Algún poema griego; un texto sapiencial hebreo.  
Tal vez en el subsuelo, el sedimento entredicho  
de la belleza casta de un idioma hermenéutico  
desde un amor castizo, callado, sin contacto del día.  
Nadie te miraba como yo te miraba.  
Nadie confesaba los secretos más íntimos.  
Ni pedía lo hermoso sólo ternura bella  
de un corazón herido muy subrepticamente.  
Acaso una sonrisa para otra sonrisa  
como la luz simplísima del alma hoy entrevista.  
Pues lo simple se oculta tras la morada del ojo  
como tristeza profunda, inconfesable, inaudible,  
que marcó la dureza de tu forma de ser. O de no ser sin ser.  
He aquí este vacío del rechazo del ente; del juego inamistoso;  
ya que a nadie interesa la hoja desvalida de un otoño de adioses.  
Hoy me siento abismado entre toda la gente  
sin poder describir y sin poder luchar.  
El silencio se impone con la visión desde abajo.  
La mirada se alza desde el abismo perplejo  
con un poco de luz hacia la Luz del Hombre.  
La herida sigue allí como a la espera de nada.  
La puerta está cerrada sin que nadie la llame.  
Sin que suene el teléfono.  
Te abrí, una sola vez,  
la puerta de mi ser espiritual que rechazaste.

---

Te abrí una vez la puerta...

# **Rolando Kattán**

Tegucigalpa, 1979.

Al salir de Palestina, quería encontrar en estas tierras el árbol de la piña. Imaginaba un árbol frondoso, parecido al que situó Dios en el paraíso.

Abandonó su tierra con la esperanza de una nueva y no encontró lo que esperaba.

En este poema, mi abuelo, puede recolectar piñas de la copa de un árbol, porque en un poema pueden crecer incluso los árboles que no existen, los milenarios frutos y hasta el país natal.

Sin embargo, insisto. Lo que quiero que aquí retoñe no es el árbol, sino la esperanza de que todavía hay un sitio donde abundan los árboles de piña.

# Luis F. Lezama Bárcenas

Tegucigalpa, 1995.

¿Qué pesa más, Nishi? Una hoja  
que cae de un árbol directamente sobre mi mano,  
o el cuerpo de un muerto a mis espaldas.

Pesa más la hoja, aunque no pese nada,  
si se le sostiene durante toda una vida.

Pesa más el muerto, aunque lo cargues por un instante,  
si su cuerpo es tu propio cuerpo y si ha perdido su cara.

# Elisa Logan

Tegucigalpa, 1964.

Qué mística la del poeta:  
Pintarle sonrisas a la tristeza,  
cuando se deshoja el alma,  
hacer del sentimiento amargo  
tierna mariposa que tras su vuelo  
deja estrellas para amar.  
Extraña mística la del poeta  
desabrochar el sentimiento.  
Darse al mundo,  
convirtiendo su verso  
en cuerpo y sangre,  
hostia consagrada  
para el labio amigo  
que quiera despertarlo  
o el corazón hermano  
que se funda en él.

Mística paradójica la del poeta:  
arrinconarse en la esquina de un suspiro,  
prenderse a la cola de un cometa,  
volar con las alas quebradas,  
ser libre teniendo preso el corazón  
y, aun así,  
pintarle sonrisas a la tristeza  
cuando se deshoja el alma.

# Rolando López Tróchez

Tegucigalpa, 1957.

El amor es la cima  
La realización  
Suprema  
De quien  
Labra su piedra

Todo esfuerzo  
Todo camino  
Toda guerra  
Toda batalla liberada  
En el valle de las sombras  
Tiene aquí su fin

El amor es la luz  
Donde todo se consume  
Es el eterno presente  
Que no ocupa espacio  
Que lo sintetiza todo

# Ana Lu

Tegucigalpa, 1990.

He visto amanecer sus tripas sueltas,  
mientras te pones los labios  
como si delinearas verdades absolutas.

La puerta no es imaginaria, solo cambia de lugar cuando parpadeas  
hacia adentro

¿Acaso has visto envejecer a los cerezos en el suelo roto?  
un suelo que se descompone cuando el miedo azota como viento,  
pero no es culpa de nadie, ni de los lobos, ni de los terroristas,  
ni de los cerezos que solo quieren ser mártires en las aguas  
profundas de algún charco local.

Pero las escafandras hablan demasiado rápido y solo caminan  
cuando el big daddy da la señal.  
No, no te asustes yo solo soy una mensajera en busca de Adán.

# Salvador Madrid

Naranjito, 1978.

Atrás quedan los santuarios  
y el mar que bajo sus hojas se amuralla.

Nuestras siluetas en el pasto  
las deshace el viento  
y sin ser sagrados caminamos hacia la luz.

Es la hora, apenas,  
cuando el resplandor  
revisa las destrezas extrañas del amor,  
esos dones poseídos mortalmente  
con la certeza de la eternidad.

Y creemos ser las flechas  
que los guardianes lanzarán  
sobre el horizonte.

Caemos sin herida,  
dementes del instante,  
con los ojos aún abiertos.

# Armando Maldonado

Tegucigalpa, 1983.

I

Cuando cerré los ojos, todas las orugas y polillas  
acudieron a mi boca. Era un ciego tanteando el aire  
en un bosque joven de olivos.

II

Siempre supe que la muerte de un dios  
habita en los huracanes y nada puede hacer un hombre  
que va solo con el pecho desnudo hacia la tempestad.

III

Nunca fui el hombre viejo que quise,  
bronceado mis últimos días en Malibu  
cantando La Internacional a la hora de las noticias.

IV

La muerte nunca fue un problema para mis labios,  
pero ¿Qué pecado merece el castigo  
de dos agonías en un lecho febril?

V

La tumba es la única patria donde los himnos y las banderas  
son las supersticiones de lo añejo  
y nadie enarbola la esperanza de los caídos.

VI

He aquí mi mortaja para cubrir los mares  
cuando el Armagedón quiera envenenarlos.

VII

Cuando la voz tronó al otro lado de la loza,  
ya había instalado mi lámpara y mi radio  
para escuchar el sorteo de la lotería.

# Rommel Martínez

Comayagüela, 1989.

Alguien entra o sale de un establecimiento  
Arma en mano #corazonterrorismo  
Amenaza con la sinceridad tremendísima  
De un mantra prestidigitador:

Amar es destrucción masiva  
Amar es destrucción masiva  
Amar es destrucción masiva

Alguien más corre desdichadx  
Asexual  
A una muchacha a un muchacho  
Le hiere la furia de la sensualidad en una mirada  
La iridiscencia de los verbos por estallar  
Dentro muy dentro

Prefiguro que mi corazón se compara  
A un colisionador de partículas  
Parezco estar roto  
Pero es solo que las dimensiones alternas  
Actúan extrañamente en la conciencia  
#terrorismodelcorazonyamaresdestrucciónmasiva

Digo que yo también soy ése sujeto  
Que entra o sale de la realidad  
Como quien entra o sale de un sueño

Necesito que alguien destruya mi corazón  
Por única vez, una vez más;  
Necesito que alguien rompa con todo  
O acaricie mi estaque, mis crepitaciones, mi fe

Mi arma preferida es la vida reclamando amor

Y amar es destrucción masiva  
Amar es destrucción masiva  
Amar es destrucción masiva.

# Jorge Martínez Mejía

Santa Bárbara, 1964.

El cuerpo sin vida del Payaso, al igual que cientos de cuerpos de jóvenes durante estos años, estaba tirado en la calle. Similar a otro muerto. Ninguna inquietud despertó en nadie. Estuvo tirado cerca de un charco en el extremo oeste de la colonia Rivera, en la vuelta de la calle principal, cerca de la escuela. Algunos niños que regresaban de la escuela miraban el cadáver del Payaso sin darle ninguna importancia, pasaban de lado, apenas viendo de reojo. Cerca de treinta minutos muerto y nadie venía a tirar una lágrima ni a preguntar nada. Tenía aproximadamente unos veinticuatro años, de tez trigueña y quizás entre un metro con sesenta y cuatro centímetros de estatura. Uno de los zapatos estaba cerca de la cabeza detrás de la cual se miraba una mancha oscura de sangre. El dorso del cuerpo estaba semidesnudo y de la tetilla manaba un grueso hilo de sangre empozado por la parte baja del pecho. El reloj de plástico aún estaba en el puño marcando un tiempo perdido, siguiendo un curso impreciso pero inexorable. Algunos gritos se oían, quizás venían desde el billar en donde en innumerables ocasiones el Payaso, vivo aún, jugaba deleitando a sus aleros con sus ocurrencias. Las mismas calles calladas y ciegas que lo vieron llegar hacía diez años ahora lo despedían de la misma manera, sin mirarlo y sin decirle ni una sola palabra. Ninguna señal, ningún extraño vecino quiso complicarse la vida preguntando nada sobre aquel cadáver.

# Sara Mercedes Mazier Cárcamo

Gracias, 1992.

Entre hojas secas encontré un papel, me percaté que no fuese de nadie, lo tomé y lo abrí; se trataba de una carta, la doblé y guardé en mi bolsillo. Llegué al café, pedí lo mismo de siempre, con 3 de azúcar, acompañado de música trova, el cigarrillo que parecía no soltarme nunca, y la incertidumbre de descubrir qué había en aquella carta. Para eso de las 5 de la tarde, la abrí. Decía así:

“Yo ya no estoy aquí y posiblemente nunca lo estuve, tal vez estuve ignorada o simplemente olvidada. Yo era la que siempre podía, aunque no tuviese los ánimos, yo era la que siempre estaba, aunque no estuviera. Porque de tanta desesperación, frustración y muerte abstracta de sueños concretos, descubrí que podía existir un nuevo día, aunque fuese de noche. Le aposté al sol que vería una noche más brillante. Me alejaré de todos y me acercaré a mí, porque no intento huir sólo intento encontrarme, no quiero dejar de existir, sólo quiero dejar de estar en este lugar. Cada palabra se me vuelve monótona, y cada acción buena hacia mí parece ser efímera. Porque hay uno que nunca olvida: el olvidado, porque hay un lugar en el infierno para los que se olvidan de sus amigos, de su familia. Porque las palabras de necesidad cuando salieron de mi boca fueron llevadas por el viento, que algún día serán escupidas en la cara de todos aquellos que no me escucharon. Si me marchó no es por cobardía, demasiado tarde supe valorar el afecto que tenía, un poco tarde comprendí que debía de convivir conmigo misma. Una noche el cielo brillará más y entonces yo habré descubierto el secreto de las estrellas y vendrá la Luna y yo seré su noche y en cada nube escribiré pequeñas notas de melancolía y el cielo llorará al leerlas y empapará tu cara con recuerdos que dolerán. Me voy, pero me quedo doliendo, aquí donde yo dolía. La verdad no los olvidé en el camino, los dejé en él. Un vuelo kamikaze a la eternidad es lo que me espera.”

No tenía remitente, mucho menos destinatario, arrugué la carta, la metí a mi bolsillo, el café ya se había enfriado, ya habían dado las 7 de la noche. En el transcurso a mi casa me encontré un perro abandonado, sospeché por un momento que era de él. Me encontré con un anciano sentado, con un periódico en manos, por un instante me le acerqué, pero mi voz se quedó cortada y sólo pude decirle ¡hola!, la carta tampoco era de él. Sin más sospechosos dueños de aquella carta, apresuré mi paso, apagué mi cigarro en una de esas esquinas que huelen a ayer. Llegué a mi casa, pasé frente a un espejo, me detuve, la carta se cayó de mis manos, me di cuenta que esa carta siempre había sido mía.

# Venus Ixchel Mejía Rodríguez

Tegucigalpa, 1979.

A manera de difuminados cronopios en el puente del Malá Strana, sobre el terciopelo índigo del Moldava, estamos vos y yo, haciendo escala onírica bajo la estoica vigilancia de San Juan Nepomuceno con su mueca de angustia.

El abrazo polar va disolviéndose entre nuestros abrigos comerciantes de caricias. El trémulo vitral del Moldava es una batalla de esgrima, una melodía gótica en el pináculo de la nostalgia.

Quizá desde el Callejón del Oro y la Alquimia nos mire Kafka con sus prismáticos de parábolas, ante el ceño fruncido de Max Brod que trata de hilvanar en un garabato una madriguera de confidencias.

Más tarde iremos al Don Giovanni en el Teatro Estatal, si Smetana no nos asalta en el camino con la estridencia de un acorde disminuido.

Nada entorpece este boceto cerúleo con afilados celajes que nos mira desde arriba. Es un cardumen detenido a mitad del asombro. Nada de nuestra mirada sorprende si no nos llenamos el alma con los labios. Así que, a mitad del vacío, nos decimos los besos a manera de confesiones medievales, nos tomamos de los ojos y apelamos a la complicidad de las manos.

Hay un vino bajo el sortilegio de la Bohemia que nos espera. De pronto, el boceto se diluye con una inusitada lluvia. Hay una mano que me sujeta, hay un pez traslucido que se queda prendido en la mirada. Hay una súplica de pez y mano en tu boca que me repite hasta perderse en una bocanada de suspiro: *no te despiertes todavía, quedate conmigo en Praga.*

# **Olga Iris Mencía Bárcenas**

Tegucigalpa, 1959.

Qué más da

Un día de pensar subversivo

Donde el sol descubre el golpe

Y la noche no lo oculta

al unísono de antiguas y nuevas voces

Eco

Qué más da

Un día u otro de pensar subversivo

Es siempre futuro.

# Ariel Merlo

Tegucigalpa, 1989.

: - *Illuminated ostium principalis locus-*

Pegaso!

Excelsior!

Madre Melancolía!

Y los navegantes viven como locos!

El ángel del juicio su clarín sonoro

Recitando inconexos monólogos

Y que nadie les pone un adorno

Que llenan enfermos de lívidos rostros

Con su madre en el cuarto mortuario

Lamentos confusos

Aires angustiosos

Acecha a los náufragos que ruedan al fondo

Saciándose en ellos con lúgubre encono

A las caravanas con olas de polvo

Con sonrisa amarga y espantados ojos

Con que juegan los tiernos cachorros

Y las víboras tienen sus hoyos

Al cielo impasible pidiendo socorro

De nenúfares, algas y lotos

Con la angustia y pánico a bordo

De ilustres vencidos en lances heroicos

Que decapitaron los alfanjes corvos

De los inocentes, víctimas del odio

Qué capricho lúgubre!

Reflejo simbólico del dolor humano...

# Magdiel Midence

Tegucigalpa, 1984.

*(Melissa)*

Sus ojos me avisaban sobre el demonio  
la camisa verde en el suelo y el aliento a vino tinto y cerveza  
la madrugada despedazó el miedo a morir  
El tren llegaba a Chernóbil  
y mi boca se ahogaba en el océano más dulce  
y ¡boom! el látex se desgarraba  
Era una ciudad descubierta  
cuatrocientos besos en el mismo punto

Underwear Blues

la miel se deslizaba delgada entre la blancura del poema  
y la estrella del poniente  
Sus ojos me amenazaban  
y Pizarnik me defendía  
—Emerson Lake & Palmer  
era una gota que caía en la nuca de los que atrás quedaban  
y Brahma entre ellos ejercitaba su juicio  
(eso fue un flashback)—

Underwear Blues

era un ocaso ya  
y las almas estaban desnudas  
más allá de donde existe la carne  
cuatrocientos besos al litoral de su locura  
y una legión de trastornos arrodillados ante la belleza  
pude sentir el ardor de los clavos en la piel de la oscuridad

Underwear Blues

era un recuerdo  
las manos estaban juntas  
y desnudas hablando de cosas que se vislumbraban  
la jodida canción se había consumado  
las caricias tenían otra carga semántica.

# Jorge Miralda

La Ceiba, 1950.

Gauvin, periodista extranjero, llega a la ciudad de La Ceiba en busca del calor y colorido de una alegre fiesta regional. Se encuentra con las anécdotas del vigilante nocturno de un edificio que fue testigo del apogeo y la decadencia de una ciudad en donde el comercio fluido y las artes eran escenas diarias. Pero aquellos no son simples relatos de espantos y aparecidos, son narraciones vertiginosas que nos ubican en un espacio y un tiempo determinado, dándonos a conocer lo que guarda celosamente la ciudad y sus alegres habitantes. Los cuentos de don Enrique, guardián de la vieja aduana ceibeña, son la historia de la comunidad, del país y de sus personas coronadas con referencias históricas, así como la evidencia de que en toda realidad hay que ver más allá para encontrar respuestas y seguir haciéndose preguntas. Un espacio en donde los sueños y la realidad se funden y confunden, y la pequeña brecha se encoge entre el más allá y el más acá.

“Pero la verdad es que existen misterios en el mundo que jamás comprenderemos por más esfuerzo que hagamos y por más conjeturas que nos hagamos. Porque nuestro conocimiento es limitado, pequeño desgraciadamente”.

“No dude compañero. Mantenga su mente abierta, muy abierta, y deje que la luz inunde sus espacios más oscuros. Solo así va a conocer la verdad y va a dejar de dudar”.

“Amigo, lo que usted mira en el cine y la televisión son películas, pura ficción, invenciones de la imaginación. Yo, en cambio, le hablo de la pura realidad. Hablo de la verdad en todas sus dimensiones y manifestaciones”.

# Juan Carlos Molina Nelson

Tegucigalpa, 1967.

— ¡Ya!, sin discusión —les suprimió Silvio—, vean lo que hay delante nuestro.

Sus pasos les habían llevado al patio del cabildo donde había una serie de seis a ocho tiendas de campaña levantadas con mantas de varios y vivos colores, los ocupantes de estos manteados eran personas de distintas edades entre mujeres, hombres y niños.

Los varones vestían con camisas de gallos colores y en sus cabezas llevaban atados pañuelos de lustrosa tela, ellos estaban reunidos en grupitos de a tres tocando con gran habilidad el violín. Las mujeres que también usaban en la testa de los mismos pañuelos que sus compañeros y flotantes faldones que por poco arrastraban al suelo, sus mangas eran bombachas, toda su ropa ataviada de múltiples encajes y siempre de mucho colorido, en sus orejas colgaban grandes pendientes circulares y sus manos con muchas sortijas sus dedos estaban.

Un total que veinticinco almas se refugiaban en improvisados recintos y Silvio con su ojo de historiador no se frenó al exclamar:

— ¡Válgame Dios!, no pensé que esto lo vería aquí en Honduras.

— ¿Qué? ¿Quiénes serán esas exóticas gentes?

— ¡Ah Noel!, ellos son un pueblo sin fronteras, son gitanos.

— ¿En serio?, pensé que sólo se les miraba en Europa, ¿qué hacen en este país?

— Simplemente son unos nómadas errantes y como patria la libertad de trasladarse de un lugar a otro.

— Pero... ¿de dónde vienen?

— Noel, su origen data de hace unos 700 años en la India de adonde viajaron a Europa y allá les confundieron con egipcios por lo que les pusieron por nombre Egipcianos que con el tiempo les cambiaron por gitanos.

- Sagaz Silvio, ¿cómo hacen para sobrevivir todos ellos con niños y ancianos?

- Simplemente venden caballos que ellos mismos crían y como son expertos músicos y bailarines cobran por entretener, comercian con sus artesanías y sus mujeres se especializan en ganar mediante la adivinación del futuro vía quiromancia que es leyéndote las líneas de la palma de la mano o sino tirándote las cartas o mejor dicho, ejerciendo la cartomancia.

# Eduardo Francisco Montalvo Ramírez

Tegucigalpa. 1989.

¿Cuánto vale un párrafo?

En los pulmones de un pordiosero,  
en los ojos del niño que no comprende  
porque su estómago vacío demanda alimento  
y ruge como un león,  
en la madre desgastada por sus hijos,  
en el albañil que sueña con ser ingeniero,  
en la boca mil usos de la prostituta,  
¿Son piedras sin peso lanzadas al mar?  
O ¿mares extraños con pesos invaluable?

¿Cuánto vale una palabra?

En el moribundo que da suspiros póstumos,  
en el niño que acaba de nacer y abre los ojos,  
en planetas que sólo la imaginación  
puede descubrir.

En ideales que taladran nuestra existencia,  
en los mundos surrealistas de Dalí  
en los seres que no entienden mi idioma...

¿Cuánto vale una letra?

En el río que se desangra  
en el bosque con epidemias crónicas.

En todos y cada uno de nosotros  
que decidimos callar  
por no conocer el valor  
de nuestras palabras.

# Jorge Montenegro

Tegucigalpa, 1940.

Los niños misquitos no salen de sus casas en horas de la noche por temor a la mairén tutan papira. Así le llaman al fantasma de una mujer que perdió a sus hijos cruzando el río Guasncoco o Segobia que marca la frontera entre Honduras y Nicaragua por andar de desobedientes.

Ha aparecido en las montañas donde se refugia ocasionalmente y trabaja en algunas casas donde no la conocen, luego se marcha llevándose uno o dos niños del pueblo. Cuentan que su plato favorito son los niños. Se volvió caníbal desde la muerte de sus tres hijos. Busca a los niños desobedientes para llevárselos.

Una niña llamada Nieves, malcriada y desobediente con la mamá, le hicieron una advertencia las personas mayores: “No seas malcriada, no insultes a tu madre, apenas tienes catorce años y no la respetas”. “Ten cuidado con la mairén tutan papira”. Ella se río y dijo: “Esa mujer es un invento de los viejos del pueblo para meternos miedo, los tiempos han cambiado, no le tengo miedo a nadie.”

Nieves caminaba una tarde por la playa recogiendo almejas y pequeños cangrejos. De pronto una señora muy bella se le acercó y le dijo: “Yo sé dónde hay cangrejos grandes, ven conmigo.”

Cuentan los misquitos que en medio del bosque se transformó en una mujer de piel azul y de ojos que parecían brasas, La niña quiso huir, pero no pudo. Días después encontraron sus restos mortales, la mairén tutan se la había comido.

Por eso los niños misquitos obedecen a sus padres, temen a la mairén tutan papira que traducido quiere decir: “la come niños”.

# Elvin Munguía

La Ceiba, 1975.

Al atardecer  
nuestras espadas,  
entre el suave retozo de *Fujin*,  
se hablaron.

Cantaron su historia, cantaron su vida.

Al atardecer  
las hojas de nuestras espadas  
besaron de una y la otra  
el *tsuba*.

*Fujin*,  
del sonido de la muerte  
se hastió,  
sopló hacia la sabana sagrada.

Nuestras manos se soltaron del *tsuka*.

Tsukuyomi  
se pigmentó con el espeso carmesí de los hombres.

Antes de terminar el alegre ritmo del verano,  
nuestras espadas callaron.

*Fujin* lejano silbó,  
entre las flores del cerezo  
y el bermejo recuerdo de una tristeza  
que al final del crepúsculo besaba el *tsuba*  
de dos celestes espadas.

Nota: *Tsuka* significa en japonés mango o astil. *Tsuba* es la guarda o rodela que separa el mango de la hoja del sable japonés (*katana*). *Fujin* es un antiguo dios sintoísta del viento. *Tsukuyomi* es el dios sintoísta de la luna, segundo hermano de *Amaterasu Okami*, (diosa del sol) y de *Susanoo* (*Susanowoo*) dios del rayo, el mar y la tierra.

# Alejandra María Manguía Matamoros

Tegucigalpa, 1972.

Pepe comenzó diciendo:

“Había una vez un niño a quien por todo regañaban, paseó por muchas escuelas de Honduras y en ninguna lo toleraban, porque se salía de la clase, platicaba con los otros niños, jugaba pelota cada vez que quería, se aburría de la profe si no era guapa, no hacía las tareas que debía en clase y mucho menos las de la casa, se aplazaba a cada rato... Pero: ¡Era feliz todos los sábados en el torreón mágico! Allí, podía ser piloto, cantante, pintor, escritor, ser jugador de fútbol... ¡Hasta podía volar!... ¡Ese era su día favorito! ...”. El relato siguió hasta el final. Después todos nos miramos y empezamos a aplaudirle, sin poder contener la emoción. Entendí que la espontaneidad y autenticidad del relato era lo que lo había hecho merecedor del premio.

Sólo tengo una pregunta, Pepe. —Le dije- ¿Por qué se llama: El torreón mágico? Porque allí hay un mago profe... ¿Lo sabía?

No.

¡Pues sí, todos lo vemos y escuchamos cada vez que estamos allí y por eso nos gusta ir! ¡Él dice que nos cumplirá todos nuestros deseos!

¿Qué deseos te ha cumplido?

El poder ganar el premio y así ver a mis papás juntos, alegres, sin pelear y orgullosos de mí.

Solitariamente le aplaudí de nuevo; en los demás, el silencio fue más que elocuente...

Ya de regreso a casa, pensé:

¿Qué esconde ese torreón, que logra despertar la magia en los niños?

¿Cuál es su secreto?

Y desvié mi carro por la carretera que me llevaba hasta allí. Me bajé, abrí la puertecita que conduce a él, subí las escalerillas enrolladas de caracol y...Al encender la luz: ¡Me encontré con la mayor expresión de magia que fui incapaz de imaginar! ...Y: ¿Qué creen? ¡Hice un trato con los niños, de ese maravilloso secreto nunca jamás revelar!.

# Carlos Ordóñez

Cholulteca, 1982.

Mis palabras vuelven al origen:

la luz duerme como un animal guarecido en lo invisible.

Los pájaros me instruyen en la amplitud y los lenguajes del aire.

Ahora puedo contemplarme en lo recorrido: dispersiones, fugas, extravíos.

Toda mi vida he sido una sombra que persigue mi sombra.

Nada sabía de las alturas: siempre insistí en la caída.

Mis huellas han llegado a este lugar donde mi voz se borra entre las voces.

Estoy junto a una cruz erigida entre líquenes, con lágrimas de óxido y chatarra.

Ahora veo las nubes: estoy abrigado bajo los helechos, escuchando el dialecto de antiguas lluvias. Un pájaro escribe en círculos concéntricos un poema en el aire.

Presiento las sílabas de la creación en el espíritu de un árbol.

Presiento el galope del río y su voz hostigada por la sed.

Presiento el límite del corazón que bulle entre las alas del colibrí.

Aún es de noche en mi espíritu, pero sé que voy a despertar bajo los altos robles.

Ahora puedo sentir el mediodía entre mis manos. La plenitud, la existencia, lo recordado.

Soy el que contempla el crepúsculo en el ojo de un insecto.

Mis pasos han estado aquí, mi voz, mi corazón, su dolor. Soy apenas una partícula que se desprende entre las semillas guardadas en la mano de la creación.

Todo lo sabe este árbol sin cuya voz nada sabría sobre mi propia voz.

Estoy herido de luz y mi sangre se trenza con el agua de la aurora.

Las palabras vuelven al origen: el río, la montaña, el pájaro.

Estoy en todas las partes y todas las partes están en mí.

Soy tan solo un hombre enloquecido en la religión de los sueños y su extensión.

# Yuri Ortez

Nacaome, 1988.

Mi nombre es Ana. En hebreo significa compasión, irónicamente, es de lo que carezco. Desde que era niña comprendí que, para sobrevivir, a veces tienes que hacerte daño a ti mismo; y para vivir, debes hacerle daño a los demás.

No me interesa ni la empatía, ni el cariño. No necesito nada de eso o algo parecido. Sólo me atrae una cosa: el poder. Además de una gran fortuna, deseo poder controlar lo que obtengo de otros y lo que ellos obtienen de mí.

¿Qué cualidades tengo a mi favor?

Imagina a la mujer perfecta... yo soy mucho mejor.

Puedo fingir cualquier emoción a través de mis ojos. Y siempre digo lo que los hombres quieren escuchar.

Soy como un sueño que poco a poco se convierte en pesadilla. Un regalo que tarde o temprano desearás devolver. Pero una cosa es segura: quien me conoce, no me olvida, ni perdona.

# Ingrid Maribel Ortez Amador

Tegucigalpa, 1963.

Algunas veces la estopa  
quisiera que el milagro fuera cierto,  
y que no se multiplicaran sólo panes y peces  
sino también sus ganas de verle

se dice así misma;  
que en lugar de abrirse el mar nuevamente,  
hiciera camino hasta su casa  
y le inundara de certezas  
ahogándole todas las ausencias

ojalá y no fuera Lázaro el único resucitado  
sino también resucitara él en sus labios,  
se dice;

/que no sólo existiera el mandamiento  
de amar al prójimo como a ti mismo,  
sino que amarse hasta que nos hagamos polvo  
fuera el próximo mandamiento entre nosotros/.

La estopa hoy tan sólo quisiera un milagro,  
y antes de cerrar sus ojos susurra;

/ojalá y sucediera  
el milagro de que resucites  
te multipliques  
me inundes  
y regreses a mis brazos/.

# **Cristhian Pagoaga**

Tegucigalpa, 1985.

Hoy derramo la tinta de mi pluma,  
escribo sin sentido,  
porque ya no siento nada.  
Ella se ha marchado, y mi corazón con ella;  
ella se ha marchado y he quedado vacío.

Hoy destrozo las hojas de mi libro,  
y me trago las palabras,  
para no escribirlas, para no recordarla.  
Ella se ha marchado, y mi corazón con ella;  
ella se ha marchado, se ha llevado mi vida.

Hoy maldigo los versos eternos,  
las estrofas recitadas,  
alusivas a su nombre, producto de su existencia,  
Ella se ha marchado y mi corazón con ella;  
ella se ha marchado, congelando mis días.

La amo tanto y la odio,  
la recuerdo tanto y al igual la olvido.  
La amo cuando la recuerdo  
y la odio... también cuando la recuerdo.

# Rigoberto Paredes

Santa Bárbara, 1948 – Tegucigalpa, 2015

## III

Una manzana quiero de El Jardín de Las Hespérides. Dorada, jugosa, puesta a punto. Y morderla ávidamente me apetece como haría Fauno, rey de El Lacio, con alguna ninfa o el labrador Artejes con los dátiles de Atima.

Morderla sabiamente como a mujer desnuda bajo la sombra de un manzano en or. Morosa, delicada mordida te ofrezco en tus pezones como el roce de un lamento o de unos labios próximos al beso.

Morder por vez primera la manzana negada de tu cuerpo y después, asustado, a merced de la sierpe libar sediento los óleos de tu sexo.

Y ansiada omega, que tu memoria guarde, quiero, como un fresco del toscano esa manzana intacta, para mí prohibida.

# Nincy Melissa Perdomo Banegas

Tegucigalpa, 1987.

Hotel Tegucigalpa: vacío de mediodía.  
He mendigado ausencias a tu vientre  
que apenas supo cubrirme de amor  
bajo el espectro  
-inequívoco-  
del abismo.

Me revolqué en tus botaderos  
-azuzada por golpes y sonrisas-  
Te perseguí  
en el firmamento  
de los charcos.

Me diste  
sueños de sombra  
envueltos en humo  
y las cuadriplanas del hartazgo.

Dejé la epidermis  
untada en paredes y calles,  
abandonada  
presa del balido.

Me lancé sobre tus rostros más bellos  
y vi la luz sucumbir  
a la humedad de mis besos.

# Marta Susana Prieto

Puerto Cortés, 1944

Hijos míos, hija mía:

Son ustedes la descendencia, una blanquísima perla montada en el oro más brillante; la pluma más rica, el tocado más ostentoso, el jade más puro y cristalino, el pedernal más profundo salido de mis entrañas, porque fueron fecundados en la parte más cercana a mi corazón.

Por sus venas corre mi sangre; cuando caminan, llevan mi casta y también la estirpe del padre que los engendró. Brotaron ustedes como una flor dormida en otro universo, que a través de mi cuerpo despertó al mundo. Son hijos de esta tierra dolorosa, venidos como un áspero y hermoso rocío que baña las montañas y los valles.

Dios eterno, el cual está en todo lugar y es Creador de todo lo que existe, les dará la inteligencia de saber que las cosas de este mundo los esperan en forma de dificultades. Que no tendrán descanso ni placer duradero por los trabajos y aflicciones, fríos, destemplanzas del aire, calor del sol, hambre y enfermedad, en este mundo penoso.

Porque el Señor nos ha dado deberes y responsabilidades. La obligación de convertir nuestro mundo en un lugar mejor, desde los pies del valle hasta los nidos de las águilas. Que ser gobernantes da la responsabilidad de buscar la paz y la vida para dar de comer, de beber y edificar. Que hay señores y señoríos y otros seres más débiles y necesitados, a quienes ayudar a proveer. Que así como su padre y su madre fueron generosos y nobles con ustedes al darles la vida y permitir que lleven por sus venas la sangre de grandes señores, sabiduría de generaciones, de ancestros que ya murieron y dejaron su gota de sangre y tradición, esculpiéndolos con herencias que engrandecen su origen, su honra y dignidad, es su deber trascender y entregar esos mismos dones y virtudes a sus descendientes.

Dios Nuestro Señor les proveerá de la razón y la habilidad para forjar un mundo mejor que el que dejamos.

Para lograrlo, el Creador nos ha dado la esperanza; con el llanto, también la risa; con el trabajo, el sueño. Ha mezclado el comer y el beber con que nos criamos y vivimos, con el placer y la fatiga; los temores con la alegría. Debemos saber que el mal nunca es eterno y que en algún momento cesará. Porque también nos dio la perseverancia en el amor, la facultad de procrear y multiplicarnos en este mundo y así no estar solos jamás.

# José Luis Quesada

Olanchito, 1948.

Bajando por la calzada,  
de repente,  
oí mis propios pasos  
y me sentí real,  
debo decir, feliz.

Levantando la vista, miré el parque  
como un pequeño reino entre colinas.

Observé con asombro  
la dignidad del señorío  
de las palmeras,  
el entremanado de los árboles,  
delineando con sus follajes  
cúpulas arabescas  
contra el fondo del cielo azul cobalto.

Vi el panorama de las buganvillas,  
los niños corrían,  
las parejas sentadas,  
los muchachos  
en la cancha de básquet  
disputándose, no una pelota,  
sino el globo terráqueo,  
el universo.

Lloré, porque ese día  
se descorrió un instante  
el velo de las cosas.

Y pensé: ¿Quién será  
ese hombre ciego, ignorante,  
que baja por la calzada  
día tras día,  
pasando de largo,  
siempre de largo por el paraíso?

# María Eugenia Ramos

Tegucigalpa, 1959.

Sonia había estado despierta toda la noche, pegando con cola de zapatero recortes de periódico y viejas postales para cerrar el agujero por donde penetraba un alfiler de sombra. Abajo se escuchaban las voces de los hombres, atenuadas por el peso de la madrugada, y el agua hervía en la cafetera.

Cuando se convenció de que ninguna mezcla era suficiente para mantener en su lugar los recuerdos que se escapaban atropelladamente, se sacudió los últimos del vestido y bajó las gradas. Pablo revolvió el café con una cucharita, mientras Francisco miraba con ojos de cansancio las nubes de humedad dibujadas en el cielo raso.

A los veinte años, Sonia, como muchos otros, había querido saltar los muros y buscar a gentes que compartieran con ella el dolor de estar vivos y no haber hecho nada extraordinario. Pero en esa búsqueda se encontró rodeada de gentes que pasaban a su lado detrás de un vidrio, sin que nadie se detuviera a tocarla. Y entonces apareció Pablo, censor implacable, pero también un amigo dispuesto a despojarse a ratos de la coraza del heroísmo para dejar entrever el caracol dormido de la nostalgia.

En los últimos años había llegado Francisco, huérfano como ella. Ambos se acercaron en un intento desesperado de romper el vidrio, de recuperar sus propios cuerpos, de tapar aunque fuera por un rato el agujero de la soledad. Y en ese intento apenas iniciado los sorprendió el temblor, el gran terremoto que destruyó los templos y no dejó de las imágenes más que ojos y manos de porcelana desperdigados entre los escombros, parales solitarios en los sitios donde antes la gente llenaba los estadios, rajó en dos las cuarterías donde los seres humanos se hacinaban para dormir, para comer, para amarse, para morirse, los meció de arriba abajo y estuvo a punto de apagar la llama eterna.

Cuando pudieron abrir los ojos, Sonia y Francisco estaban muy lejos el uno del otro y se dieron cuenta de que nunca más serían los mismos. Y el amor, si alguna vez fue amor, se quedó suspendido como un piano que de repente dejara de sonar y del que solo quedara una cierta vibración en el aire.

# Víctor Manuel Ramos

Camasca, 1946.

Había una vez un ratoncito, gris. El hociquito gris. Las patitas y la cola grises también. Grises los bigotes y las orejas. Los ojos saltones de un tono gris. La chaqueta gris y el sombrero gris.

Para nuestro ratoncito, las noches eran días y los días noches. Durante el día – su noche – dormía plácidamente en la pequeña cueva; mientras por la noche – su día – se ocupaba en buscar los alimentos y escudriñar la casa

A las seis de la tarde, desayunaba con unas cuantas hojas de periódico. Con frecuencia, el desayuno lo hacía en cama y no vacilaba en aprovechar algunas hojas impresas que le servían de colchón. Durante el almuerzo, comía las pastas de los libros de la biblioteca en la casa del poeta donde vivía. Prefería las pastas de cuero, pero igual le daba roer las de cartón o las de material sintético. Para la cena, se aventuraba y llegaba hasta la cocina, donde podía saborear un poco de queso, una rodaja de pan o una fruta madura. Así como era de gris – grises los ojos, grises las patitas, grises las orejas, gris el hociquito, grises los bigotes, gris la cola, gris la chaqueta y el sombrero gris – también era gracioso el ratoncito gris. Sus pequeños ojos escrutadores no permanecían un momento quietos, la cola se movía un vaivén, las orejas estaban pendientes del menor ruido y el hociquito husmeaba constantemente por todos los rumbos. Era realmente gracioso el ratoncito gris.

El ratoncito gris había llegado a la ciudad procedente del campo. Atraído por las cartas de un primo suyo: “En la ciudad todo es diferente. No tienes que conformarte con los granitos de maíz tierno. Aquí puedes saborear – como yo – galletitas, quesos, cereales, pasteles y tomar jugo de frutas.” Al ratoncito gris se le hacía agua la boca.

Aburrido de comer en la milpa mazorcas de maíz tierno, el ratoncito gris decidió venir a la ciudad para comprobar todas las maravillas que contaba el primo en sus repetidas e interminables cartas. El primo vino hasta los suburbios a encontrarlo. Al mirarse, los dos se reconocieron y se abrazaron efusivamente. El primo dio al ratoncito gris todas las instrucciones para comportarse en la ciudad y lo previno de los innumerables peligros que enfrentaría a cambio de saborear los mejores manjares. El ratoncito gris contó los pormenores de lo ocurrido en el campo.

# Fernando Rey

Tegucigalpa, 1982.

Te escribí todas mis tempestades en una noche  
te escribí el murmullo de mi sueño y me dormí triste  
alimentado por las sombras

fui ángel que devoró tu apetito  
te llevé a la luz conmigo y te dejé caer de nuevo

ciclón que aventuró en tu boca  
y disparó en medio de la frente ansiosa  
todas las ansias que caminan esta noche ...

te escribí con mi estilo de idiota  
con cada letra casi bien pensada

el viento te cantó unas aves  
en tus manos se durmieron unos perritos  
los vi nacer cachorritos en tus manos

dormías y yo te despertaba  
te enseñaba lo que son los animales y yo era uno

nuestra pobreza demostró tu miseria  
fui casi hoja sobre tu cabello sucio y perfumado por el pasto  
me perfumé con tu ser salvaje y mi lanza escupió todos los demonios  
te herí con mi lanza  
te demostré mi grandeza ...  
... nuestra grandeza salvaje y portentosa

dije palabras arrojadas como sables en medio de tu cerebro  
invité a todas las flores a que te conocieran  
las cartas te hablaron de mi dolido  
mi dolor nunca fue tuyo porque en mí siempre ha habitado  
yo dolido estuve triste y ahora estoy más triste que entonces  
¿entonces?

el cielo y sus grises matices me recuerdan el matiz  
de tu silueta en mi imaginación  
desnuda junto a la ventana donde nacen todos los inviernos,  
a través de donde corren como larvas los llantos desde el cielo

ese cielo que te regalo desde siempre desde ahora  
cielo que te niega de nuevo y te devuelve su simpatía ...

# Ney Edelmira Reyes

Tegucigalpa, 1954.

Vivían en la Hacienda doña Juana, madre del dueño, Napoleón quien la había heredado de su abuelo, porque su padre, hacía cuatro años había muerto y todos los bienes el abuelo los había adquirido, previo un acuerdo que hizo con su hijo Eligio, antes de que éste muriera cuando nadie se lo imaginaba, pues lucía saludable iniciando sus cinco décadas, pero le falló el corazón.

Allí vivían una niña de cuatro años, hija de Napoleón, Mario, hermano menor de Napoleón, Heriberto, el mayordomo e hijo de María, hermana de doña Juana, pero también Toño hermano menor de Heriberto. Toño era tullido no caminaba y tampoco hablaba, cuando él era tierno le dio una fiebre muy alta no le pusieron la atención debida y quedo invalido.

Aparte de ellos, también estaba Catalino, más conocido como Catucho, era el encargado de ir a dejar loa almuerzos a los mozos. Catucho era hijo de otra hermana de doña Juana llamada Reimunda conocida popularmente como Munda.

Munda pasaba temporadas en la Hacienda porque cuando empezaba la época para el corte de café, se trasladaba a El Paraíso y trabajar en esa faena, luego regresaba nuevamente a la Hacienda y su hermana allí estaba para recibirla.

Catucho era pequeño, delgado y físicamente parecía una caricatura de un periódico, el pobrecito era poco agraciado y además haragán, los trabajos fuertes del campo no le gustaban, por eso, de vez en cuando, lo mandaban al pueblo para traer algunos alimentos, como el arroz que no se producía en la Hacienda, pero Catucho siempre regresaba con lo que no le encargaban.

En una ocasión, Catucho tenía que ir al pueblo vecino que estaba a una legua de distancia, le pedían de urgencia comprar una libra de tabaco, pues los cigarros que doña Juana fumaba ella misma los confeccionaba y en esta ocasión se habían terminado, aparte de ello como siempre era necesario traer arroz, un saco de sal para el ganado, los fósforos y unas pastillas de Aralèn porque la niña estaba calentureando y se suponía que era paludismo y esta era una gran medicina.

# Oscar Rivera Nieto

Tegucigalpa, 1990.

El declive unísono de la voz  
Me hace ufano de este océano dormido  
Donde la luz cuelga en mi pensamiento  
Esos camino paralelos, unidos por el fin.  
El secreto es sumar la verdad con las mentiras  
Para trazar vértices de escala metafórica.

Al comienzo, al inicio, al principio  
Toda se basa en el marcha atrás...  
Yo, descanso en la segunda que avanza  
Encerrado en la libertad de un ciclo metálico  
Para esconderme detrás del reflejo.

Porque la voz es una asfixia  
Y la sentencia de vivir, se alza amarga  
Cuando vivimos dentro de nuestra patria no ganada  
Pero somos parte de todo para convertirnos en nada  
Cedemos terreno a los ideales ajenos  
Ya que pensar es anarquía y pecado

Es un confort...t...  
Mismo de cada día.

Hoy por hoy, mi hogar es la soledad  
Con filtros que silencian las cuerdas  
Para viajeros que dan de propina la ausencia  
Y rehúsan del pesado descanso.

Ya que los caminos son eternos,  
Detrás de mí no hay huellas que pisar  
Simplemente hay polvo que se estanca en las grietas  
Y muy de vez en cuando se desbordan para quedar atrapados...  
Esos, que llamamos los recuerdos.

# Perla Lusete Rivera Núñez

Ajuterique, 1974.

Soy dueña de un infierno que cabe en esta cama  
aquí se incendia tu nombre

y no me basta

Nace un poema

hierva el aire

Se hizo tarde ya

y la certidumbre de la suma de mis días

no es ajena al mar que nos separa

Súbito

Vasto

Esta noche quema tu extensión

tu imagen hecha hoguera

arde en mi vientre

# Yonny Rodríguez

Ojojona, 1984.

Biografías tatuadas  
en los cuerpos.  
Santiamentes. Llanto.

Sueltos andan por la ciudad  
los esperpénticos  
empuñando guadaña  
e inquisidores vocablos.

Hablamos de mapas acústicos  
y dislocados, vitrina de épocas,  
rastros de la acción del viento.

Igual que los libros  
nos cuentan historias.

Se nos echan en la cara,  
nos abundan con su tristeza;  
laten taquicardiamente,  
tiemblan de ansiedad  
por soltarlo todo y me seducen  
desde la inconformidad de su sitio.

Sin duda ellas, ¿irrelevantes?  
narran cada cosa  
cuando se agitan;  
son pétreas anatomías  
en apariencia adormitadas  
que al romper la aurora  
continúan en pie.

# Felipe Rodríguez Medina

Tegucigalpa, 1994.

Entre agitados párpados y densas arquitecturas líquidas  
hondos pájaros de esperma  
ensordecen sus ligeros frutos

la desolada noche

los inflexibles arcos del tiempo

la desvelada hendidura de la carne

en que me adentro

hacia tus blandos telares

ay de tus pesadas hélices ardientes

dilucidadas contra los muros

en su espesura errante

tierno osario de ostras

flajelado estallido entre cuerdas húmedas

donde cierra en la sorda masa

de nuestra habitación

pulsátiles órganos en rojo

eléctricas palpitaciones

no se detienen

perforada la memoria del orgasmo

los solitarios pozos del fuego

en la entumecida demolición de estas pieles

tan oblicuas de repente

en acumulada lentitud

o encendidos vidrios

pegajosas cataratas

sobre lo muy espeso

mujer

¿es esta la incandescencia última

de los pilares de la noche?

# Aleyda Lizett Romero Escobar

Puerto Cortés, 1964.

Viajo con mis alumnos en una máquina del tiempo,  
los hago suspirar por Helena, Blanca, Efraín, Gustavo, María.  
Después nos detenemos a cuestionar la eterna lucha entre civilización y barbarie,  
tomamos partido por los Lizardos.

Nos conmueve la determinación del viejo Santiago.  
El memorando que le pueden mandar a Gregorio Samsa,  
el viaje inútil del coronel al correo.

Después miramos la pintura de Castel y entendemos a María Iribarne,  
aterrizamos en Comala, queremos explicarle a Juan Preciado,  
porque esas voces vienen de tan lejos,  
hemos intentado enviarle un e-mail a Santiago Nasar: imposible,  
ese día no revisó correspondencia.

La literatura tiene más tristezas que alegrías,  
reniegan a veces,  
sueñan,  
ríen,  
piensan,  
disfrutan.

Después los despierto para cambiar de clase.

# Jessica Mariela Sánchez

Lima (Peru), 1974.

Una bóveda azul y abajo cientos de personas. Ante el golpe poesía, gritaban, hacían grafitis, cantaban, prendían luces y reflejaban estrellas.

La muralla verde olivo tenía órdenes de atacar a la gente desarmada. Avanzaron metiendo miedo, tirando gases. Para enfrentarlos salieron de la multitud dos jóvenes, bailando punta, la danza que los ancestros garifunas idearon para celebrar la vida. Ella, graciosa movía su falda y sus manos llegaron a acariciar las caras curtidas de los militares. El, dando brincos transmitía fuerza y alegría. El cerco militar se rompió y fue retrocediendo.

Nada como un buen baile para enfrentar la guerra.

# Tatiana Sánchez

Danlí, 1993.

Aún escribo las últimas cartas del día  
Mientras Caetano canta a mi oído su dulce zamba,  
Seguro vos esperas el tiempo para verme.  
Has prometido hacerme mujer  
Y dejar desnudarme para el viento  
En las colinas cercanas al infinito.  
Esta noche, pienso leer un poco antes de las doce  
Pues el ascenso ya se acerca,  
Las almas emergerán pronto de tierra  
Y yo pierdo mi tiempo en juegos con sirenas.  
El zumbido del viento frío de la noche anuncia la hora,  
Los pequeños niños muertos  
Juegan ya en las aceras con sus perros.  
Aquí, todo lo muerto tiene vida  
Y vivimos cada día en nuestras noches.  
Todo fluye escalofriantemente bien  
Mientras yo te busco en la cuadra de siempre  
Donde ahora, aún en la muerte,  
Se viven esos grandes amores  
Nada más que aquí,  
Son después de las doce.

# Claudia Patricia Sánchez Cárcamo

Tegucigalpa, 1983.

Dos jóvenes que en el transcurso de su trato lo más común era que solo se dijeran un hola y adiós durante coincidían en cualquier evento, no eran de tener una relación de sincera fidelidad, más un día de agosto en un viaje por aquella bucólica localidad del occidente durante una tarde llena música y lectura de poesía y narrativa, obras selectas de hijas e hijos de la nación hondureña sucedió que...

Al regreso surge un desperfecto en el bus que les facilitaría el desplazo de regreso a la capital, y como habían decidido salir tarde ya no había transporte de ruta para el regreso, les ha tocado quedarse en un hospedaje solidario poco lujoso pero con cariño siendo las únicas mujeres en aquel grupo debían compartir habitación y al no tener otro entretenimiento más que sí mismas se pasan toda la noche hablando de sus fascinaciones, disgustos y demás amanece y la charla no ha concluido ya puestas en el bus duermen todo el viaje de regreso.

Ya no solo son conocidas ahora las amigas se procuran ver con regularidad hasta que el deseo de estudio de maestría de Victoria le corresponde viajar a otro país, al regreso de los estudios Magdalena ya es madre de un pequeño varón y vive en el interior del país.

Decide visitarla por dos días y por causas de las lluvias de la temporada los caminos se cierran en lodo así que esos días se tornan una semana tiempo en que se pone al día la libreta de chismes bidireccionalmente.

Lógicamente después de algún tiempo el matrimonio no ha podido complacerla y lo libera en la última charla con un inesperado beso de Magdalena, pero sostenido con asombrosa pasión mutua y aprovechando la siesta del infante y la laboriosa presencia del marido en el pueblo se deslabanon en múltiples y sublimes formas de amar.

Nuevos recuerdos en sus cuerpos, bajando las maneras de verse inmersas en íntimos cantos de dulce inguinal y como todo magma en algún momento se torna roca y lo que ferviente fluye cae, cesa como cesa su lingüista y táctil amar.

Decide partir antes del regreso del esposo de la flamante amiga se dan un hasta luego prometiendo volver un fin de semana al mes, cumpliendo con devoción hasta las próximas vacaciones en las que se acuerpa de tiempo completo con desvaríos constantes de sus cruzadas

# Lucía Santos

Tegucigalpa, 1989.

Quiero ser los asteroides que colisionan  
andar a la deriva, sin estrella, sin gravedad.

Quiero dejar de vivir en melodías ligeras  
para vivir debajo de un puente  
para ser el puente

donde arden los amores incomprensidos  
y los besos se confunden  
con mañanas podridas.

Quiero ser la cerveza derramada  
en cantinas clandestinas  
así impregnarme en la suela de los zapatos  
de los que no han sabido llorar.

Quiero ser el sol y  
seré yo quien arda  
seré yo quien bese  
seré yo quien lllore.

# Israel Serrano

Gualcinse, 1976.

Éramos la minúscula imagen de espacio y de tiempo  
sol inocencia de oscuridad  
fuimos esencia de alguna estrella.

El alma acarició el ojo universal  
todo en el luminiscente círculo  
el espíritu abrió puertas  
la nada pretendió ser.

La materia se alejó de su casa  
los cuerpos se fundieron con la tierra  
la sustancia con la admiración  
lo incierto volvió a reposar.

Alguien habitaba las aguas  
la existencia en un mismo sendero  
la aprensión se cubrió de silencio  
cortejó el origen de las cosas  
apareció la muerte en el rugido de la noche  
y buscó nutrirse de la brevedad de la vida.

La duda merodeó el saber  
se partió en el misterio  
a lo eterno se le aromó el principio y el fin  
deshizo el futuro del microcosmos  
y lo infinitamente grande del orden y del caos  
se alimentaron de energías  
de la causa errante de los elementos  
se ocuparon del pensamiento y  
la razón

# Roberto Sosa

Yoro, 1930 – Tegucigalpa, 2011.

Nuestros cazadores  
—casi nuestros amigos—  
nos han enseñado, sin equivocarse jamás,  
los diferentes ritmos  
que conducen al miedo.

Nos han amaestrado con sutileza.

Hablamos,  
leemos y escribimos sobre la claridad.

Admiramos sus sombras  
que aparecen de pronto.

Oímos  
los sonidos de los cuernos  
mezclados  
con los ruidos suplicantes del océano.

Sin embargo  
sabemos que somos los animales  
con guirnaldas de horror en el cuerpo;  
los cercenados a sangre fría; los que se han dormido  
en un museo de cera  
vigilado  
por maniqués de metal violento.

# Lourdes Gabriela Soto Martínez

Tegucigalpa, 1986.

A doña Nina

Ella inventa sueños,  
se viste de recuerdos,  
platica con el sol y le sonríe al cielo.  
Un día, su diosa se volvió estrella,  
su santuario se derrumbó,  
ya no hay París que se arrodille,  
ni Las Vegas que seduzca,  
queda una canción  
y mucho amor en el ombligo.  
Tiene el alma nueva,  
aprende a hacer de su nombre un libro,  
no cree ser un enigma  
pero tiene el universo en su mirada,  
enamora al tiempo y al destino,  
poco o nada le importa el ruido  
que golpea su techo.  
Total,  
el café sabe mejor  
en el balcón.

# Alma Maribel Suazo Madrid

La Ceiba, 1959.

Entre amar y querer  
Vamos transitando  
Muchos con ganas de amar,  
Otros con ganas de querer

Amando sexualmente  
Queriendo sexualmente  
Sexualmente amando  
sumando amor y sexo

Que del amor vamos al sexo  
que del sexo podemos pasar  
al amor, es cuestión de alcanzarlo.

Pero que el amor es sexo  
No lo limitemos a eso,  
Sin embargo, el amor sin sexo,  
nos limita

Que el sexo es amor,  
No nos limitemos,  
Que junto al amor  
Venga el mejor sexo.

# Carolina Torres

Tegucigalpa, 1989.

Has venido a mí más de una vez;  
una tarde de jueves  
en trece palabras  
pronunciadas solo para hacerte aparecer,  
un lunes  
a las nueve treinta de la mañana  
quebrando cada átomo del universo  
con una sola llamada,  
en el alcohol de un café  
cualquier tarde de viernes  
con el dolor de dibujarme una sonrisa  
mientras agonizo;  
clamo el fin de este preámbulo  
innecesario,  
¿Tendré acaso que combatir tus pequeñas dosis  
con un golpe certero?

# Dariela Janina Torres Rodríguez

Tegucigalpa, 1995.

Despierto en el fondo del mar  
con una sonrisa ensangrentada y azul,  
con mis dedos capaces de detener los rayos de luz  
que atraviesan todas las pupilas.

Son verdad los sonidos escalofriantes bajo el agua  
Las 3 ó 4 yo sumergidas en diferentes cuentos fantásticos  
De algún traficante de historias  
¿Cómo cesar entonces el dolor inmensurable de la ausencia?

Aguanto la respiración.

Es sencillo quedarse varada  
También lo es esconderse tras los espejos de Poseidón  
Y escapar en los reflejos de la inmensidad rota.

Sin fuerzas y en el limbo de una locura irremediable  
todo se me escapa de entre los dedos,  
su sonrisa apenas soportable y devuelta por algún milagro.  
Mi mirada perdida entre la memoria oscura de un pasado que se esconde entre los  
astros.

Yo entre tan poco sigo sumergida  
Sigo tras los espejos incrustados en mi pecho,  
y acaricio la magia de los atardeceres con mis ojos rotos  
Con el ahogamiento de una existencia delirante.

# Samuel Trigueros

Tegucigalpa, 1967.

Lo que decir quieren las cosas y no pueden  
porque apenas  
su voz es una sombra sobre el polvo  
lo que se pierde en el silencio  
lo que en las aguas queda naufragado:  
la piedra oscura  
del insepulto corazón cansado  
las horas quietas  
en su mortaja luminosa  
la soledad  
precipitada sobre los paraguas  
la muerte  
y el amor  
y la forma del tiempo  
y una forma de vida  
es lo que escribo.

# Karen Valladares

Tegucigalpa, 1984.

Lo que tengo es el ruido del fondo  
Una canción vieja de los 60's  
Un vestido gris que apenas llega a la rodilla  
Una luz pálida muy pálida que fallece cada vez que la miro  
El viento que entra por una rejilla y que a nadie le importa.  
Sospecho el llanto y limpio el rostro con un paño  
Pienso en el en sus grandes ojos cafés  
Y eso jamás fue mío.

Lo que tengo es el ruido de fondo  
La circunferencia de mis manos vacías  
Y la planicie de mi cuerpo ahora que te has ido.  
Voy muriendo  
Como gaviota sin mar  
Como mar sin orilla donde estallar.  
Siempre es lo mismo,  
Decir tu nombre, dejarlo deslizarse hasta la última línea de mi pelvis  
La cama vacía, esperando nada, esperando lo absurdo, otro silencio.  
Lo que tengo es el ruido del fondo  
Una canción vieja de los 60's  
Un montón de páginas en blanco, muchas cosas por decirte  
El murmullo de una canción que he pensado en dedicarte  
El recuerdo de tu cuerpo sobre el mío  
Nada ahora en mis labios,  
En mis manos,  
En mis ojos.

Lo que tengo es el ruido del fondo  
Una canción vieja de los 60's  
Y un recuerdo que florece mi boca cuando lo digo.

# Marvin Valladares Drago

Gracias, 1969.

A lo lejos los poetas fugaces improvisan estrellas:  
plumajes demacrados, arcos impotentes, inexactos,  
aullidos que no detecta el radar del tiempo,  
nombres destituidos del manual de la vida,  
voces expulsadas de cráteres exiguos,  
tronos derruidos de un tosco puñetazo,  
murales malogrados en la espalda del viento,  
banderazos de salida,  
cometas sin retorno,  
chispazos que nadie evoca, pestañeos,  
ecuaciones que ningún campesino entiende  
ni celebra.

Poesía:

maná rociado sobre una tierra honda y desolada.

# Pompeyo del Valle

Tegucigalpa, 1928.

En el movimiento constante del recuerdo,  
cuando se está a muchas noches de ti,  
en la distancia o en el sueño, comiendo el pan humilde  
cocido en el espejo,  
surge la ilusión de tu vida, situándose en rotos espacios imprecisos,  
y tu imagen- un cielo tembloroso-  
se comprime hasta ser una nube  
en un patio ensangrentado.  
Traes misteriosamente otra vez tu juventud a la memoria  
-en un eco  
de tus días más dulces- como un ramito que tu mano ofrece  
igual que toda muchacha enamorada.  
Deslumbrados por esa actitud  
beben mis ojos del agua donde tu ser se refleja  
y te ven siempre como si fuera la primera vez.  
Así han de verte hasta el fin,  
como si el sueño de un dios te repitiera  
eternamente en el tiempo.

# Lía Vallejo Torres

Tegucigalpa, 1992.

Creí que al vestirme de piel, pelos y sangre  
podría ser humana, fingir ser humana.

Actué como una, nací, cagué, me deformé, obedecí, emancipé; como humana.

Manipulé y engañé, deseé y me amaron, pero ni así fui humana.

Trepaba el techo para ver florecer cada noche los bloques rellenos de carne  
durmiente, moribunda, serena y abrumada;

alegre, nueva, triste y añeja de este agujero podrido.

Me zambullía a oler humanos, sin lograr memorizar su esencia para al fin, ser una.

Fui payaso, imitadora, fundé un circo, un libro, un cuadro y por fin conocí un orgasmo...

Que solo alcancé penetrando el calor multicolor en tus poros. Fue entonces que empezó  
a germinar mi humanidad. Amaba y me amaban. Con vos comenzamos a creer, crear,  
construir y amarrar nuestros huesos. Palpitaba mi humanidad. Gradualmente se borran  
las horas que de niña escurrían cuestionando *¿qué diablos hago acá?*

Pero mi no naturaleza humana me desgarraba los tendones cada día y de noche, me  
sentaba a derretirme junto a vos, sin que pudieras hacer nada, sin que supieras como  
volver a atarme a tierra. Solo me iba, me iba, cada vez más cerca de lo ausente. Hasta  
desbaratarte y destrozarnos.

Mis mentiras me arrastraron abajo. Ahora no estás. Ahora sos vos el ausente y yo,  
postrada de nuevo, desconociendo la devoción humana.

En mi córnea se proyecta la única sensación humana que pude conservar *“el ave entró  
por la ventana, desesperada, contra las paredes del cielo, se golpeó hasta morir”*.

# Ludwing Varela

Tegucigalpa, 1984.

Nunca ha sido fácil morirse uno  
Así como romper un vaso de cristal  
Así como romperle la rama a un pájaro  
-Es sencillo; solo cierra los ojos y ábrelos nunca.  
Es sencillo, sí  
Como absorber el fracaso en nuestras manos -Nunca ha sido fácil  
Es mentira  
Uno lleva el deseo en el pecho  
Y el corazón palpita de burlas hacia uno mismo.  
A veces es mejor tirar las cosas  
Y dejar que el tiempo las selle y las abone  
Y que de ellas nazca un hermoso nido de gusanos  
-Es tan fácil como parpadear. Cierra los ojos, ábrelos nunca-  
Nunca ha sido fácil morirse uno  
Cuando en realidad ya estamos muertos.

# Denise Vargas

Tegucigalpa, 1973.

Yo sé por qué la ola se desprende del mar  
y qué busca en la arena.

No hace falta preguntarle.

Yo sé por qué se rompe:  
sueña con planicies,  
con los siglos que caben en cada grano de arena.

Quiere ser lluvia,  
caer sobre la copa de un árbol,  
deslizarse por sus venas y pertenecer a una raíz.

Con el tiempo, convertirse en río  
y regresar al mar con las historias de las piedras  
que la habrán salvado  
de esa lenta eternidad de sal.

# Lucy Vázquez Seyer

Tegucigalpa, 1984.

Porque la muerte está más cerca de los vivos que de los ya idos, pregunto: ¿Si acaeciera la noche infinita en mis ojos, seré recordada como alguien a quien valió la pena dar una rosa, regalar un libro, brindar un cordial saludo, recibir el te quiero de un hijo y estamparle un beso, o simplemente llenaré con mi nombre la lista de los tristemente célebres? Sin duda, ir por la senda correcta es un arduo trabajo, un largo camino, pero para ser sincera, tengo los pies gastados, las manos torpes y me restan neuronas. Pero ¿Y si acaeciera la noche en mis ojos mañana? Diré dignamente: Muerte, no esperes mucho de mí pues no traigo nada conmigo, ni deudas sin pago, ni lágrimas tragadas, mucho menos pérdidas sin batallas, el verdadero amor he despreciado, las esperanzas se han disuelto como cenizas en el agua y el insomnio se ha aferrado ferozmente a mi cama; pero traigo mis manos llenas de lo único que he dejado para mí misma... Nada.

# Anarella Vélez Osejo

Tegucigalpa, 1956.

## MATLALCIHUATZIN

*Para Fernando Antonio*

Ya no siento la alegría de vivir  
hoy el sol no acaricia  
hablar no alivia el dolor insoportable  
hijo, Alcomiztli Nezahuatlcoyotl,  
te veo partir como una nube limpia,  
mis sensaciones son como arrugas finas  
sin bordes que las definan  
sin límites ni forma  
velo que impide distinguírte  
eres halo en el cielo alrededor de la luna  
en la periferia del infierno  
criatura hambrienta de sabiduría  
Cantor, Papagayo de gran cabeza  
en el interior de la casa de la primavera  
eres ventana que da a otra ventana  
Nezahuatlcoyotl, hijo, estrella sabia del firmamento  
Rocío de mi mañana  
Príncipe de la palabra de nuestra estirpe  
Que el amor te acompañe más allá de mi tiempo  
Y no olvido.

# Javier Vindel

San Pedro Sula, 1968.

A quien interese.

Escribir no es tallar un tótem  
con coágulos de estrella;  
Tampoco reinventar el teorema de Pitágoras  
o los versículos del Popol Vuh.  
Escribir significa patentar un jazmín de abretesésamos  
que entrecomille la niñez del alba,  
ya que siempre hay que extirparle  
alguna sinécdoque postiza a la Miss Unicoverso,  
amígdalas de sintaxis  
o algún desliz extraconyugal...  
Escribir es este conjugar del verbo amar, alter ego del yo,  
que equivale a mi viña de prismas  
lo que el tiempo al reloj.  
Porque no es caligrafía eólica de hemorrágico ciprés bailarín  
ni huellas de turistas en la playa  
lo que eyacula mi bolígrafo en ristre,  
sino que cromosomas semánticos  
que se multillizan sobre el útero de la página en blanco  
para que esta preñez de corcheas  
(tradúzcase: jardín de abracadabras)  
muchedumbre alhajas en el acuario de tu mente.  
Escribir es este acto de magia  
donde mis vísceras son  
lo único que extraigo del fondo de mi sombrero:  
suerte de mayéutica psíquica  
más bien que un aborto intelectual

# Laura Yanes

Tegucigalpa, 1995.

A lo que llaman siete pecados capitales  
Le hace falta el octavo  
Usted  
Se equivocó el que redactó  
Los cercos de la naturaleza humana  
Le hizo falta prohibir  
Esa hermosura suya  
Esa dulzura suya  
Señorita, es usted casi prohibida  
Es usted un demonio  
Eso de sonreír todo el día  
No es de dios  
Es de diosa  
Es usted todos los pecados  
Es usted la completa tentación  
Y hay tantos  
Que nos queremos sacar esta santidad.

# Ondina Zea

Tegucigalpa, 1960.

Península de Anatolia, Turquía. Domingo, 23.

En la autopista D-260, amanece. El azul profundo de la noche se va destiñendo por encima de la silueta oscura de los bosques que abrigan la carretera. Tímidamente, se asoman detrás de las sombras, unos brochazos cálidos de colores fucsia y magenta que coronan el cielo.

La autopista de Anatolia central nos ha alejado de las montañas de relieve escabroso donde desafíé al destino y acerté mi suerte.

Se quedó atrás el lago azul turquesa de Oriente y más lejos aún, a dos mil kilómetros, se quedó Teherán y el juicio pendiente.

Es misterioso el azar. En el ingenioso Hidalgo de Cervantes, don Quijote de La Mancha le dice a Sancho Panza que se puede y debe aventurar la vida por uno de los más valiosos dones que a los hombres dieron los cielos. Que no hay peor desdicha que el cautiverio. No voy a mirar atrás, únicamente voy a rogar al cielo degustar no solo una menuda ración, sino la libertad completa.

El continuo ruido del motor ya no se escucha, solo molesta el hastío.

El trayecto es intenso. Hemos hecho cuatro paradas en diferentes ciudades. La última fue en *Kayseri*, en el centro de Anatolia.

Contemplo a Mariam y a Zahra que duermen abatidas. Tenerlas a mi lado me hace dichosa. La dicha triunfa si uno cree en ella. El reto por ellas es hasta la muerte.